

Domingo XI del Tiempo Ordinario (ciclo C)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **SAN AGUSTÍN** (www.iveargentina.org)
- **FRANCISCO** – Homilías del 16 de junio de 2013 y 18 de septiembre de 2014
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO** – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos
- **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamezza.org)
- **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
 - Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva
 - Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **Fr. Eusebio MARTÍNEZ** (Brownsville, Texas, Estados Unidos) (www.evangelinet.net)

DEL MISAL MENSUAL

Eventos del Jubileo de la Misericordia:

Jubileo de los Enfermos y de las personas diversamente hábiles. Signo “jubilar” del Santo Padre: testimonio de las obras de misericordia.

HE PECADO CONTRA EL SEÑOR

2 S 12, 7-10. 13; Ga 2, 16. 19-21; Lc 7, 36-8,3

La declaración humilde que pronuncia David cuando el profeta Natán lo confronta y le recuerda sus abusos y rebeliones contra Dios parece muy sencilla de formular. El problema no es recitarla de los labios para fuera, sino expresarla con toda honestidad, reconociendo la propia responsabilidad y estableciendo un mecanismo de autocontención para no volver a pasar por encima de la dignidad de los demás. David es reconocido como un pecador y como un creyente que supo transitar el camino del arrepentimiento y la conversión. El relato del fariseo y la pecadora contrastan dos actitudes dispares: la autosuficiencia del que se siente justo ante Dios le impide reconocer su propia debilidad; en cambio la pecadora que tiene conciencia de su fragilidad, consigue expresar con toda libertad su voluntad de cambiar y con lágrimas y gestos afectuosos se lo expresa con toda claridad al Señor Jesús.

ANTÍFONA DE ENTRADA Sal 26, 7. 9

Oye, Señor, mi voz y mis clamores. Ven en mi ayuda, no me rechaces, ni me abandones, Dios, salvador mío.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, fortaleza de los que en ti esperan, acude bondadoso, a nuestro llamado y puesto que sin ti nada puede nuestra humana debilidad, danos siempre la ayuda de tu gracia, para que, en cumplimiento de tu voluntad, te agradecemos siempre con nuestros deseos y acciones. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

El Señor te perdona tu pecado. No morirás.

Del segundo libro de Samuel: 12, 7-10. 13

En aquellos días, dijo el profeta Natán al rey David: “Así dice el Dios de Israel: ‘Yo te consagré rey de Israel y te libré de las manos de Saúl, te confié la casa de tu señor y puse sus mujeres en tus brazos; te di poder sobre Judá e Israel, y si todo esto te parece poco, estoy dispuesto a darte todavía más.

¿Por qué, pues, has despreciado el mandato del Señor, haciendo lo que es malo a sus ojos? Mataste a Urías, el hitita, y tomaste a su esposa por mujer. A él lo hiciste morir por la espada de los amonitas. Pues bien, la muerte por espada no se apartará nunca de tu casa, pues me has despreciado, al apoderarte de la esposa de Urías, el hitita, y hacerla tu mujer’ “.

David le dijo a Natán: “¡He pecado contra el Señor!” Natán le respondió: “El Señor te perdona tu pecado. No morirás”.

Palabra de Dios. *Te alabamos, Señor.*

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 31, 1-2.5.7.11

R/. Perdona, Señor, nuestros pecados.

Dichoso aquel que ha sido absuelto de su culpa y su pecado. Dichoso aquel en el que Dios no encuentra ni delito ni engaño. **R/.**

Ante el Señor reconocí mi culpa, no oculté mi pecado. Te confesé, Señor, mi gran delito y tú me has perdonado. **R/.**

Por eso, en el momento de la angustia, que todo fiel te invoque, y no lo alcanzarán las grandes aguas, aunque éstas se desborden. **R/.**

Alégrese con el Señor y regocíjense los justos todos, y todos los hombres de corazón sincero canten de gozo. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Vivo, pero ya no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí.

De la carta del apóstol san Pablo a los gálatas: 2, 16. 19-21

Hermanos: Sabemos que el hombre no llega a ser justo por cumplir la ley, sino por creer en Jesucristo. Por eso también nosotros hemos creído en Cristo Jesús, para ser justificados por la fe en Cristo y no por cumplir la ley. Porque nadie queda justificado por el cumplimiento de la ley.

Por la ley estoy muerto a la ley, a fin de vivir para Dios. Estoy crucificado con Cristo. Vivo, pero ya no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí. Pues mi vida en este mundo la vivo en la fe que tengo en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí. Así no vuelvo inútil la gracia de Dios, pues si uno pudiera ser justificado por cumplir la ley, Cristo habría muerto en vano.

Palabra de Dios. *Te alabamos, Señor.*

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Cfr. 1 Jn 4, 10

R/. Aleluya, aleluya.

Dios nos amó y nos envió a su Hijo, como víctima de expiación por nuestros pecados. R/.

EVANGELIO

Sus pecados le han quedado perdonados, porque ha amado mucho.

Del santo Evangelio según san Lucas: 7, 36-8, 3

En aquel tiempo, un fariseo invitó a Jesús a comer con él. Jesús fue a la casa del fariseo y se sentó a la mesa. Una mujer de mala vida en aquella ciudad, cuando supo que Jesús iba a comer ese día en casa del fariseo, tomó consigo un frasco de alabastro con perfume, fue y se puso detrás de Jesús, y comenzó a llorar, y con sus lágrimas le bañaba los pies, los enjugó con su cabellera, los besó y los ungió con el perfume.

Viendo esto, el fariseo que lo había invitado comenzó a pensar: “Si este hombre fuera profeta, sabría qué clase de mujer es la que lo está tocando; sabría que es una pecadora”.

Entonces Jesús le dijo: “Simón, tengo algo que decirte”. El fariseo contestó: “Dímelo, Maestro”. Él le dijo: “Dos hombres le debían dinero a un prestamista. Uno le debía quinientos denarios y el otro, cincuenta. Como no tenían con qué pagarle, les perdonó la deuda a los dos. ¿Cuál de ellos lo amará más?” Simón le respondió: “Supongo que aquel a quien le perdonó más”.

Entonces Jesús le dijo: “Has juzgado bien”. Luego, señalando a la mujer, dijo a Simón: “¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y tú no me ofreciste agua para los pies, mientras que ella me los ha bañado con sus lágrimas y me los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me diste el beso de saludo; ella, en cambio, desde que entró, no ha dejado de besar mis pies. Tú no ungiste con aceite mi cabeza; ella, en cambio, me ha ungido los pies con perfume. Por lo cual, yo te digo: sus pecados, que son muchos, le han quedado perdonados, porque ha amado mucho. En cambio, al que poco se le perdona, poco ama”. Luego le dijo a la mujer: “Tus pecados te han quedado perdonados”.

Los invitados empezaron a preguntarse a sí mismos: “¿Quién es éste, que hasta los pecados perdona?” Jesús le dijo a la mujer: “Tu fe te ha salvado; vete en paz”.

Después de esto, Jesús comenzó a recorrer ciudades y poblados predicando la buena nueva del Reino de Dios. Lo acompañaban los Doce y algunas mujeres que habían sido libradas de espíritus malignos y curadas de varias enfermedades. Entre ellas iban María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, mujer de Cusa, el administrador de Herodes; Susana y otras muchas, que los ayudaban con sus propios bienes.

Palabra del Señor. *Gloria a ti, Señor Jesús.*

Credo.

PLEGARIA UNIVERSAL

Oremos, hermanos, al Señor que conoce lo que está escondido a nuestros ojos y sabe cuáles son las verdaderas necesidades de los hombres, diciendo: Señor Jesús, escúchanos. (R/. Señor Jesús, escúchanos.)

Oremos por la santa Iglesia, para que Dios, nuestro Señor, aumente el número de sus fieles, aleje de ella toda división y escuche las plegarias que le dirigen todos los cristianos del mundo, *roguemos al Señor.*

Oremos también a nuestro Señor por los gobernantes de nuestra patria y de todos los pueblos, para que Dios les dé sabiduría y fuerza para gobernar y dirigir con paz y justicia el pueblo que tienen encomendado, *roguemos al Señor.*

Oremos también por los que están lejos de su hogar, para que nuestro Señor les conceda un viaje feliz, retornar con salud a sus familias y la realización plena de los proyectos de su viaje, *roguemos al Señor.*

Oremos también a nuestro Señor por los que hoy nos hemos reunido aquí en su nombre y por el párroco (pastor) que nos preside, para que nuestro Señor escuche nuestras oraciones y nuestras peticiones le sean siempre agradables, *roguemos al Señor.*

Dios nuestro, que nunca dejas de compadecerte y de tener misericordia, escucha nuestras oraciones y danos un corazón fiel y penitente que sepa corresponder a tu amor y difundir por los caminos del mundo el mensaje evangélico de reconciliación y la paz. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Tú que con este pan y este vino que te presentamos das al género humano el alimento que lo sostiene y el sacramento que lo renueva, concédenos, Señor, que nunca nos falte esta ayuda para el cuerpo y el alma. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio para los domingos del Tiempo ordinario.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Jn 17, 11

Padre santo, guarda en tu nombre a los que me has dado, para que, como nosotros, sean uno, dice el Señor.

O bien: Sal 26, 4

Una sola cosa he pedido y es lo único que busco, habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, que esta santa comunión, que acabamos de recibir, así como significa la unión de los fieles en ti, así también lleve a efecto la unidad en tu Iglesia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO.- La conciencia y el reconocimiento de la propia responsabilidad en relación con el mal parecen estar desapareciendo. Las personas alegamos ser víctimas de las circunstancias, de las maquinaciones de poderes impersonales que dominan el mundo (globalización, mercadotecnia, redes sociales, etc.); sin embargo, está disminuyendo la honestidad para reconocer la responsabilidad en relación con los delitos y pecados que cometemos. Demasiado rápido compramos la seductora propuesta de que no debíamos culpabilizarnos ni traumatizamos por complejos de culpa. Sin autocrítica y sin honestidad no es posible destrabar los mecanismos que nos convierten en personas agresivas y egoístas. El llamado “efecto lucifer” que transforma a personas ordinarias en agentes de violencia y de crueldad, está visible en nuestra sociedad violenta: existen

responsables y hay que reconocerlo. Desde la óptica cristiana contamos con el camino de la conversión y la reconciliación para lograrlo.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

Pecado y arrepentimiento de David (2 S 12,7-10.13)

1ª lectura

En el párrafo anterior a éste, Natán acaba de interpelar a David con una de las parábolas más bellas del Antiguo Testamento provocando en el monarca la condena de su propia conducta: «El que haya hecho tal cosa es reo de muerte» (v. 5).

Ahora, Natán, en respuesta, le anuncia el castigo del Señor. En concreto, el asesinato y la espada no se apartará de la familia de David (v. 10); este castigo se cumplirá en los hijos mayores Amón, Absalón y Adonías que morirán violentamente.

El arrepentimiento de David, tal y como se manifestará en los versículos siguientes, es ejemplar (vv. 16-19): llora su pecado, ayuna y suplica por la salud de su hijo; con esta actitud, a pesar de las debilidades y pecados, mantiene su confianza y se muestra como «hombre según el corazón de Dios» (cfr 1 S 13,14). David es modelo de penitencia porque, reconociendo su delito, alcanzó el perdón divino. Su arrepentimiento quedó plasmado en el Salmo 51, donde con una gran belleza y profunda piedad se recoge la súplica del Rey pecador ante el Señor: «Ten piedad de mí, oh Dios, según tu bondad; según la inmensidad de tu misericordia borra mis delitos. Lávame por completo de mi iniquidad, y purifícame de mi pecado» (Sal 51,3-4).

El nacimiento de un nuevo hijo (vv. 20-25) es el desenlace de la narración, orientada para dejar claro que Salomón nació dentro del matrimonio, que fue motivo de alegría para David que le impuso el nombre y, sobre todo, que fue objeto de un mensaje del profeta Natán: el niño llevará «como sobrenombre Yedidías (amado del Señor)» (v. 25). Por tanto, desde su nacimiento, Salomón es el elegido por Dios para llevar adelante su plan de salvación en favor del pueblo.

Grande fue el pecado de David y profunda su contrición. Pero lo que sobrepasa toda medida es el perdón de Dios. «A lo largo de su historia, Israel pudo descubrir que Dios sólo tenía una razón para revelársele y escogerlo entre todos los pueblos como pueblo suyo: su amor gratuito. E Israel comprendió, gracias a sus profetas, que también por amor Dios no cesó de salvarlo y de perdonarle su infidelidad y sus pecados» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 218).

Cristo me amó y se entregó por mí (Ga 2,16.19-21)

2ª lectura

Es comprensible que los fieles de Jerusalén, crecidos en la religión israelita, siguieran las costumbres judías, pero San Pablo se da cuenta del peligro de fondo que entrañaba aferrarse a esas prácticas, y por eso proclama la novedad de la fe cristiana: sólo la adhesión a Cristo nos justifica ante Dios.

Frente a tales errores, el Apóstol resalta las consecuencias de la justificación: al adherirnos a Cristo por la fe, Él vive en nosotros, y así, con Él y como Él, vivimos para Dios (vv. 19-20). Como comenta San Agustín, «Cristo en el creyente se va formando por la fe en lo profundo de su ser, llamado a la libertad de la gracia, manso y humilde de corazón, que no se jacta del mérito de sus obras, porque de suyo no tienen valor (...). Y Cristo se forma en el que asimila la forma de Cristo, y

asimila la forma de Cristo el que se une a Él con amor espiritual» (*Expositio in Galatas* 38). Como consecuencia, el cristiano *debe vivir según la vida de Cristo, haciendo suyos los sentimientos de Cristo, de manera que pueda exclamar con San Pablo, non vivo ego, vivit vero in me Christus, no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí (...). Que pueda decirse que cada cristiano es no ya alter Christus, sino ipse Christus, ¡el mismo Cristo!*» (San Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, nn. 103 y 104).

Tan grande realidad es consecuencia del amor de Cristo que se entregó voluntariamente a la muerte por cada uno de nosotros (v. 20). Pensar en este amor servirá de estímulo y consuelo: «Sólo de Él, cada uno de nosotros puede decir con plena verdad, junto con San Pablo: *Me amó y se entregó por mí* (Ga 2,20). De ahí debe partir vuestra alegría más profunda, de ahí ha de venir también vuestra fuerza y vuestro sostén. Si vosotros, por desgracia, debéis encontrar amarguras, padecer sufrimientos, experimentar incomprendimientos y hasta caer en pecado, que rápidamente vuestro pensamiento se dirija hacia Aquel que os ama siempre y que con su amor ilimitado, como de Dios, hace superar toda prueba, llena todos nuestros vacíos, perdona todos nuestros pecados y empuja con entusiasmo hacia un camino nuevamente seguro y alegre» (San Juan Pablo II, *Alocución* 1-III-1980).

Jesús y las mujeres (Lc 7,36–8,3)

Evangelio

La primera escena refleja muy bien la divina pedagogía del Señor y está entrelazada en torno a varias ideas: la divinidad de Jesús, la relación entre el perdón y el amor, el valor y las manifestaciones de la fe, etc.

Comienza el relato con la presentación de los personajes principales —Jesús, Simón, la mujer— y de la situación: una comida en casa de Simón. Tal vez el fariseo ha invitado al Señor para probarle, pero, en todo caso, no lo ha hecho con cariño, pues ha omitido las normas de cortesía (vv. 44-46). Probablemente ha oído a la gente que, tras la resurrección del hijo de la viuda de Naín, tenían a Jesús por profeta (7,16). Sin embargo, ahora parece convencerse de que no lo es (v. 39). Ciertamente, llama a Jesús maestro (v. 40), pero enseguida Jesús le muestra que es más que eso, pues conoce lo oculto: los pensamientos de Simón y las circunstancias de la mujer. Si sólo Dios conoce los corazones, es evidente que el fariseo no se debe extrañar, como otros (v. 49), de que Jesús perdone los pecados, facultad reservada a Dios.

La actitud de la mujer le sirve al Señor para explicar las relaciones entre el perdón y el amor. En la frase final del diálogo con Simón (v. 47), Jesús ofrece la clave de todo el pasaje: el amor a Dios y el perdón de los pecados están en relación mutua; el perdón suscita el amor y el amor consigue el perdón. La historia de la mujer es el ejemplo y la de Simón el contraejemplo; pues si no ha manifestado el amor a Jesús (vv. 44-46) está muy lejos de obtener el perdón, y si no sabe que necesita del perdón, está muy lejos de tener amor.

Al final, como en la escena del paralítico de Cafarnaún (vv. 48-50; cfr 5,20-24), el Señor perdona a la mujer sus pecados. Pero, para que la enseñanza sea completa, Jesús se dirige a ella diciéndole que es su fe la que le ha salvado (v. 50). Es la fe la que salva, pero el amor la manifiesta: «El Señor amó no el unguento, sino el cariño; agradeció la fe, alabó la humildad. Y tú también, si deseas la gracia, aumenta tu amor; derrama sobre el cuerpo de Jesús tu fe en la Resurrección, el perfume de la Iglesia santa y el unguento de la caridad fraterna» (S. Ambrosio, *Expositio Evangelii secundum Lucam, ad loc.*).

En la escena final de este texto (8,1-3), el Señor acoge la dedicación y la asistencia de estas mujeres (cfr v. 3), que correspondían así a los beneficios recibidos (v. 2) y cooperaban en la tarea

apostólica de la predicación del Reino de Dios (v. 1). Lucas recoge aquí este dato y da el nombre de tres de ellas: María Magdalena, el primer testigo de la resurrección (Jn 20,11-18; Mc 16,9); Juana, de posición acomodada y también testigo de la resurrección (24,10); y Susana, de la que no tenemos otra noticia que esta mención.

No sólo en este pasaje, sino en todo su relato —aquí y, después, en el libro de los *Hechos*—, San Lucas recogerá, más que los otros evangelistas, la presencia de las mujeres en la obra del Evangelio. De modo especial, el tercer evangelista recuerda el papel trascendental de María Santísima, pero es también quien evoca a Marta y María, cuando acogen al Señor en su casa (10,38-42), a las mujeres que se conmueven ante el sufrimiento de Cristo (23,27-31), a las que están con la Madre del Señor y el grupo de los Apóstoles (Hch 1,14), o a las que como Tabita (Hch 9,36) o Lidia (Hch 16,15) servían a sus hermanos en la fe, etc. En la Iglesia la mujer y el hombre gozan de igual dignidad. Dentro de esta dignidad común hay en la mujer, sin duda, características peculiares que se han de reflejar necesariamente en su papel dentro de la Iglesia: «Si no se recurre a la Madre de Dios no es posible comprender el misterio de la Iglesia, su realidad, su vitalidad esencial. Indirectamente hallamos aquí la referencia al paradigma bíblico de la “mujer”, como se delinea claramente ya en la descripción del “principio” (cfr Gn 3,15) y a lo largo del camino que va de la creación —pasando por el pecado— hasta la redención. De este modo se confirma la profunda unión entre lo que es humano y lo que constituye la economía divina de la salvación en la historia del hombre. La Biblia nos persuade del hecho de que no se puede lograr una auténtica hermenéutica del hombre, es decir, de lo que es “humano”, sin una adecuada referencia a lo que es “femenino”. Así sucede, de modo análogo, en la economía salvífica de Dios; si queremos comprenderla plenamente en relación con toda la historia del hombre no podemos dejar de lado, desde la óptica de nuestra fe, el misterio de la “mujer”: virgen-madre-esposa» (Juan Pablo II, *Mulieris dignitatem*, n. 22).

SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)

La pecadora que lava los pies de Jesús (Lc 7, 36-50).

1. Con la certeza de que Dios quiere que hablemos del tema de la lectura divina hodierna, con su ayuda ofreceré a vuestra caridad un sermón sobre la remisión de los pecados. Oísteis con suma atención el Evangelio cuando se leía y todo lo narrado en él apareció ante los ojos de vuestro corazón. Y habéis visto no con los ojos de la carne, sino con la mente, a Jesucristo el Señor recostado a la mesa en casa del fariseo. Invitado por él, no rehusó la invitación. Visteis también que una mujer, muy famosa en la ciudad, con mala fama ciertamente, pecadora, sin estar invitada, se introdujo en el banquete al que asistía su médico, buscando la salvación con piadosa desvergüenza. Se introdujo intempestivamente en él, aunque muy oportunamente para su provecho, pues conocía la gravedad de su enfermedad y que se acercaba a quien la podía curar. Se acercó no a la cabeza del Señor, sino a sus pies, y la que durante mucho tiempo había andado extraviada, buscaba las huellas auténticas. Primero derramó lágrimas, sangre de su corazón, y lavó los pies del Señor en señal de arrepentimiento. Los secó con sus cabellos, los besó y los ungió. Hablaba en silencio. No pronunciaba palabra alguna, pero mostraba gran veneración.

2. Dado que tocó al Señor regando, besando, secando y ungiendo sus pies, el fariseo que había invitado a nuestro Señor Jesucristo y que pertenecía a aquella clase de hombres soberbios de quienes Isaías había dicho: Que afirman: huye lejos de mí, no me toques, pues estoy limpio. Pensó que el Señor no había conocido a la mujer; pensaba y decía en su interior: Si éste fuese profeta, sabría qué mujer se le ha acercado a los pies. Creyó que no la conocía porque no la rechazó ni le

prohibió acercarse y permitió ser tocado por una pecadora. ¿De qué deducía él que Jesús no la había conocido? ¿Qué dirás? ¿Qué iba a pasar en caso de saberlo, oh fariseo que invitaste al Señor y ahora te burlas de él? Alimentas al Señor y no sabes por quién has de ser alimentado tú. ¿De dónde deduces que él no sabía quién era aquella mujer, sino de que toleró que le besara los pies, se los secara y ungiera? Si tal mujer se hubiera acercado a los pies del fariseo, hubiera dicho las palabras de Isaías respecto a esa gente: Apártate, no me toques, que estoy limpio. No obstante, la impura se acercó al Señor para regresar limpia; se acercó enferma, para volver sana; arrepentida, para convertirse en seguidora de Cristo.

3. Oyó el Señor el pensamiento del fariseo. De este hecho pudo comprender ya el fariseo si no podía ver que era pecadora, él que podía oír su pensamiento. Le propuso la parábola de dos personas deudoras de un mismo acreedor. También deseaba curarle a él para no comer gratis su pan. Tenía él mismo hambre de aquel que le alimentaba. Deseaba corregirlo, matarlo, comerlo; quería ingerirlo en su cuerpo. Es lo mismo que dijo a la samaritana: Tengo sed. ¿Qué quiere decir tengo sed? Anhele tu fe.

Las palabras del Señor en esta parábola van dirigidas a obtener dos efectos: que sane el anfitrión con sus comensales, que al mismo tiempo que lo veían ignoraban al Señor Jesucristo, y que aquella mujer tuviera confianza en su confesión y en adelante no le atormentasen los remordimientos de su conciencia. Y dijo: Uno debía cincuenta denarios y otro quinientos, y a ambos se los perdonó. ¿Quién le amó más? Y aquel a quien propuso la parábola respondió lo que la razón le obligaba a responder: Creo, Señor, que aquel a quien se le perdonó más. Y volviéndose a la mujer, dijo a Simón: ¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para lavarme los pies; en cambio, ella me los lavó con sus lágrimas y enjugó con sus cabellos. No me diste el beso de la paz; ella desde que llegó no ha cesado de besar mis pies. No ungiste mi cabeza con perfume; ella ha ungido mis pies. Por tanto, te digo: le serán perdonados sus muchos pecados porque amó mucho. A quien se le perdona poco, poco ama.

4. Surge ahora una cuestión que ha de resolverse inmediatamente. Requiere atención por vuestra parte, por si no bastan mis palabras para remover los obstáculos y disipar la oscuridad que encierra, debido al poco tiempo de que disponemos. Sobre todo cuando la carne se halla fatigada por el calor y desea y pide el descanso que se le debe, oponiéndose a la avidez del alma, demostrando ser cierto lo escrito: El espíritu está pronto, pero la carne es flaca.

Se ha de temer y mucho que, por una falsa comprensión de quienes fomentan sus concupiscencias carnales y sienten pereza en salir de ellas hacia la libertad, se introduzca subrepticamente en estas palabras del Señor aquella sentencia, invención de lenguas maldicientes ya durante la predicación de los Apóstoles, de la cual es testigo el apóstol Pablo: Y como algunos afirman que decimos: hagamos el mal para procurar el bien.

Dirá, pues, alguien: «Si a quien se le perdona poco, ama poco, a quien más se le perdona, más ama. Es mejor amar más que amar menos. Conviene, por tanto, pecar mucho, deber mucho, deseando que se nos perdone, para amar más a quien más nos ha perdonado; pues aquella mujer pecadora, cuanto mayor era su deuda, tanto más amaba a quien se la perdonaba, según palabra del mismo Señor: Se le perdonaron sus muchos pecados porque amó mucho. ¿Por qué amó mucho, sino porque debía mucho? Finalmente añadió: A quien, en cambio, se le perdona poco, poco ama. ¿No es preferible, dice, que se me perdone mucho y no poco, a fin de que ame mucho a mi Señor?» Ciertamente, pienso, comprendéis la profundidad del problema. Sé que la veis. Pero también advertís la escasez de tiempo; la veis y la experimentáis.

5. Escuchad mis breves palabras. Si debido a la magnitud de la cuestión ellas no bastaren, retenedlas entre tanto y consideradme deudor para el futuro. Para que con ejemplos más claros podáis reflexionar sobre lo propuesto, imaginaos ahora dos hombres: uno está lleno de pecados, ha vivido muy mal durante largo tiempo: el otro ha pecado poco. Ambos se acercan a la gracia y reciben el bautismo. Entran cargados de deudas y salen libres de ellas. A uno se le ha perdonado más, a otro menos. Ahora pregunto, ¿cuánto ama cada uno? Si veo que ama más aquel a quien más se le perdonó, su pecado fue fructífero y su maldad de más utilidad en relación a la intensidad del amor. Pregunto cuánto ama el otro y encuentro que ama menos, porque si descubro que ama al Señor tanto cuanto aquel a quien se le perdonaron muchos pecados, ¿me pondré en contradicción con las palabras del Señor? ¿Cómo será verdadero lo que dijo la Verdad: A quien poco se le perdona, poco ama? Puede decir alguien: «A mí se me ha perdonado poco y, sin embargo, amo tanto como este a quien se le ha perdonado más». ¿Dices tú verdad, oh Cristo? ¿Se te perdonó tu mentira para imputar el crimen de mentiroso a quien te perdonó la mentira? Si se te ha perdonado poco, amas poco. Si, en cambio, se te ha perdonado poco, pero amas mucho, contradices a quien dijo: A quien poco se le perdona, poco ama. Creo más a quien conoce más que tú. Crees que se te perdonó poco; sin duda amas poco. «¿Qué debí hacer?», te preguntas entonces. «¿Acaso abundar en acciones malas para que, perdonándoseme mucho, pudiera amar mucho? » El Señor nos ha puesto en aprietos; pero él, que nos propuso esta verdad, me librá de ellos.

6. Esto se dijo a causa de aquel fariseo que, en su opinión, no tenía pecado alguno o muy pocos. En efecto, no hubiera invitado al Señor si no hubiera sentido un cierto afecto hacia él. Pero ¡cuán pequeño era! Ni le dio el beso de la paz, ni agua para lavar los pies, ya que no lágrimas. No le agasajó como aquella mujer que sabía quién y de qué la iba a curar. ¡Oh fariseo! Tú amas poco porque piensas que se te perdonó poco. No porque se te perdonó poco, sino porque juzgas ser poco lo que se te perdonó. «¿Qué, pues?, dice. Yo, que no he cometido homicidio alguno, ¿he de considerarme un homicida? Yo que no he permitido en mi vida el adulterio, ¿debo ser castigado como adúltero? ¿O se me ha de perdonar todo esto que no he realizado?» Presenta de nuevo dos hombres; hablemos con ellos. Llega uno, pecador suplicante, cubierto de espinas como un erizo y temeroso más que una liebre. Pero la piedra es el refugio de erizos y liebres. Se acerca a la piedra, encuentra refugio y recibe auxilio. El otro no cometió muchos pecados; ¿qué haremos con él para que ame mucho? ¿Cómo le persuadiremos? ¿Contradeciremos las palabras del Señor: A quien poco se le perdona, poco ama? Así de claro, a quien poco se le perdona. Pero, ¡oh tú que afirmas no haber cometido muchos pecados!, ¿por qué no los cometiste? ¿Quién te dirigió para no caer? Demos gracias a Dios porque tanto con el movimiento como con la voz habéis mostrado entender. La cuestión parece resuelta por lo que veo. El primero cometió muchos pecados y de todos ellos se hizo deudor. El segundo, con la ayuda de Dios, cometió pocos. A quien uno atribuye el haberle perdonado, atribuye el otro el no haber pecado. No fuiste adúltero en tu vida pasada llena de ignorancia, antes de ser bautizado, cuando todavía no distinguías el bien del mal ni creías en aquel que sin tú saberlo te guiaba. Esto te dice tu Dios: «Yo te dirigía y te conservaba para mí. Para que no cometieses adulterio, te faltó quien te lo sugiriera; y el que te faltase fue obra mía. Te faltó tiempo y lugar; también esto me lo debes a mí. Si, en cambio, hubo quien te lo sugirió y no te faltó ni tiempo ni lugar, yo te atemorice para que no consintieses». Reconoce, pues, la gracia del Señor, a quien debes también el no haber consentido. El primero es deudor por lo que hizo y ves que se le perdonó. Pero también tú eres mi deudor por el hecho de no haberlo realizado. No existe pecado que cometa un hombre que no pueda cometerlo otro hombre si le falta como guía quien hizo al hombre.

7. Y ahora ya, una vez resuelta en cuanto pudimos y en tan poco tiempo una cuestión tan profunda -o si no la he resuelto todavía, me considero deudor, según dije-, pasemos a examinar el

tema del perdón de los pecados. Cristo era considerado solamente hombre, tanto por quien lo había invitado como por los demás que se hallaban sentados a la mesa. Ignoro qué vio de más en el Señor aquella pecadora. Pero ¿por qué hizo todo aquello sino para que le fueran perdonados los pecados? Ella sabía que él podía perdonar los pecados; los otros, en cambio, sabían que un hombre no puede perdonarlos. Y hay que creer que todos, los que estaban sentados a la mesa y aquella mujer que se acercó a los pies del Señor, todos sabían que un hombre no puede perdonar los pecados. Por consiguiente, sabedores todos de esto, hay que pensar que aquella mujer que le creía capaz de perdonar los pecados comprendió que era más que un hombre. Como última cosa, al decir él a la mujer: Te son perdonados tus pecados, añaden ellos acto seguido: ¿Quién es éste que hasta perdona los pecados? ¿Quién es este a quien ya conoció la mujer pecadora? Tú que te sientas a la mesa como sano no conoces al médico porque quizá, al ser mayor la fiebre, has perdido la cabeza. Pero la risa del frenético es causa de llanto para los sanos. Con todo, lo sabéis bien y lo mantenéis; mantened firme que el hombre no puede perdonar los pecados. Aquella que creyó en el perdón de sus pecados por obra de Cristo, creyó también que Cristo era no sólo hombre, sino también Dios. ¿Quién es éste, dicen, que hasta perdona los pecados? A los que preguntaron ¿Quién es éste? no les respondió el Señor: «Soy el Hijo de Dios, el Verbo de Dios». No les dijo esto, sino que, permitiéndoles permanecer por algún tiempo en su opinión, les solucionó el problema que les agitaba. Mientras los veía sentados a su mesa, oía sus pensamientos. Volviéndose a la mujer, le dice: Tu fe te ha salvado. Quienes preguntan: ¿Quién es éste que hasta perdona los pecados?; quienes me creen hombre, ténganme por hombre. Tu fe te ha salvado.

8. El médico bueno no sólo curaba los enfermos presentes, sino que tenía también en su mente los futuros. Y futuros eran los hombres que habrían de decir: «Yo perdono los pecados, yo justifico, yo santifico, yo sano a quien bautizo» 289. Del mismo número son los que dicen: No me toques. Hasta tal punto son de ese número, que en la conferencia tenida hace poco, como podéis consultar en las actas mismas 290, al ofrecerles asiento el juez o procurador 291 para que se sentasen con nosotros, se creyeron en el deber de responder: «Para nosotros se escribió: con esos tales no os sentéis, es decir, para que no os sintáis contagiados por el contacto de las sillas». Ved vosotros si no equivale a decir: No me toques, porque soy puro. Otro día, tratando de la Iglesia, puesto que venía a cuento, les recordamos esa deplorable vanidad, diciéndoles que en la Iglesia los malos no contaminan a los buenos, causa ésta por la que no quisieron sentarse con nosotros. A lo cual nos respondieron que la advertencia procedía de la Escritura, en la que está escrito: No tomé asiento en la asamblea de la vanidad. Nosotros les replicamos: «Si efectivamente no quisisteis sentaron con nosotros porque estaba escrito: No tomé asiento en la asamblea de la vanidad, ¿por qué entrasteis con nosotros siendo así que a continuación se escribió también: No entraré con los que maquinan cosas inicuas?».

Por tanto, cuando dicen: No me toques, porque soy puro, se asemejan al fariseo que invitó al Señor y creía que él no había conocido a la mujer porque no le prohibió que tocara sus pies. Pero en otro aspecto era mejor el fariseo, pues juzgando que Cristo era sólo hombre, no creía que pudieran perdonarse los pecados por un hombre. Luego los judíos entendían mejor que los herejes. ¿Qué dijeron los judíos? ¿Quién es éste, que hasta perdona los pecados? ¿Se atreverá el hombre a usurpar para sí ese poder? ¿Qué dice, en cambio, el hereje? «Yo perdono, yo limpio, yo santifico». Respóndele Cristo, no yo. ¡Oh hombre! Cuando los judíos me consideraban sólo hombre, otorgué a la fe el perdón de los pecados. Es Cristo quien te responde, ¡oh hereje! , no yo. «Tú, siendo hombre, dices: “Ven, mujer, yo te salvaré”. Y yo, siendo considerado sólo hombre, dije: “Vete en paz, mujer; tu fe te ha salvado”».

9. Estos hablan, como dice el Apóstol, ignorando lo que dicen y lo que afirman. Contestan y dicen: «Si los hombres no perdonan los pecados, es falso lo que dice Cristo: Lo que desatéis en la tierra quedará desatado también en el cielo». No sabes ni cómo ni por qué se dijo esto. El Señor, que iba a dar el Espíritu a los hombres, quería que se entendiese que los pecados se perdonan a los fieles por el Espíritu Santo, no por merecimientos humanos. Porque ¿qué es el hombre sino un enfermo que debe ser curado? ¿Quieres ser tú mi médico? Busca conmigo al médico. Pues para demostrarte con toda la evidencia que los pecados se perdonan por el Espíritu Santo donado a los fieles y no por méritos humanos, dice el Señor en cierta ocasión después de la resurrección de los muertos: Recibid el Espíritu Santo. Y tras haber dicho eso, añadió a continuación: Si perdonareis los pecados a alguien, le serán perdonados. Es decir, perdona el Espíritu Santo, no vosotros. Pues bien, el Espíritu Santo es Dios; luego es Dios quien perdona, no vosotros. Pero ¿qué sois vosotros en relación al Espíritu? ¿Ignoráis que sois templo de Dios y que el Espíritu habita en vosotros? Y también: ¿No sabéis que vuestros cuerpos son el templo del Espíritu Santo en vosotros, Espíritu que recibisteis de Dios? Por tanto, Dios habita en su templo santo, esto es, en sus fieles, en su Iglesia; y por ser sus templos vivos, perdona los pecados mediante ellos.

10. Pero el que perdona por medio del hombre puede perdonar sin él. Pues quien puede otorgar mediante otro, no es menos capaz de dar él directamente. El dio a algunos a través de Juan; ¿a través de quién dio al mismo Juan? Con razón, pues, queriendo Dios demostrar y testificar esta verdad, algunos, a pesar de haber sido evangelizados y bautizados en Samaria por obra del evangelizador Felipe, uno de los siete primeros diáconos, no recibieron el Espíritu Santo. A pesar, repito, de haber sido bautizados. Anunciado esto a los discípulos que estaban en Jerusalén, vinieron luego a Samaria para que quienes estaban ya bautizados recibieran el Espíritu Santo mediante la imposición de las manos. En efecto, así se hizo. Vinieron, les impusieron las manos y recibieron el Espíritu Santo. Entonces se otorgaba el Espíritu Santo de forma tal que incluso externamente se manifestaba que se había dado, pues quienes lo recibían hablaban las lenguas de todos los hombres, para significar que la Iglesia habría de hablar las lenguas de todos los pueblos. Recibieron el Espíritu Santo haciéndose visible en ellos de forma manifiesta. Al ver esto Simón, creyendo fuese cosa de hombres, quiso adquirirla él también. Lo que juzgó cosa de hombres, quiso comprarlo a los hombres, diciéndoles: ¿Cuánto dinero queréis que os dé para que, por la imposición de mis manos, se otorgue el Espíritu Santo? Entonces Pedro, detestándole, le dijo: No hay para ti parte ni heredad en esta fe. ¿Pensaste que el don de Dios ha de comprarse con dinero? Contigo perezca tu dinero, etc., cosas todas oportunamente dichas.

11. Advierta vuestra caridad por qué quise recordar esto. Convenía que Dios mostrase en primer lugar que obraba mediante los hombres, y después que obraba personalmente, para que los hombres no creyesen, como Simón, que aquello era cosa de hombres, no de Dios. Esto ya lo sabían los discípulos, puesto que estando reunidas ciento veinte personas descendió sobre ellas el Espíritu Santo sin imposición de mano alguna. Porque ¿quién les había impuesto las manos en aquella ocasión? Sin embargo, descendió y fueron los primeros en ser repletos. ¿Qué hizo Dios tras la herejía de Simón? Vedle convertido en doctor, enseñando no con palabras, sino con hechos. El mismo Felipe que bautizó a unos hombres sin que sobre ellos viniese el Espíritu Santo más que cuando los apóstoles les impusieron las manos, bautizó a un eunuco, es decir, a cierto favorito de la reina Candace, quien regresando de Jerusalén, a donde había ido a adorar, sentado en su carroza leía sin entenderlo al profeta Isaías. Avisado Felipe, se le acercó, le explicó la lectura, le instruyó en la fe y le anunció la buena noticia de Cristo. El eunuco creyó en Cristo y, al llegar a un lugar en que había agua, dice: Aquí hay agua, ¿quién impide que yo sea bautizado? Y Felipe le pregunta: ¿Crees en Jesucristo? Y le responde: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios. A continuación bajó con él al agua.

Una vez realizado el misterio y el sacramento del bautismo, para que no se creyera que la donación del Espíritu Santo era cosa de hombres, no se esperó, como en la vez anterior, a que vinieran los apóstoles, sino que al instante descendió sobre él el Espíritu Santo. Así se esfumó el pensamiento de Simón, para que no tuviese imitadores en esos pensamientos.

12. Hay todavía otro ejemplo más admirable. Fue Pedro a casa del centurión Cornelio, hombre incircunciso y gentil. Comienza su predicación dándole a conocer a Jesucristo a él y a todos los que estaban con él. Todavía estaba Pedro hablando, cuando descendió el Espíritu Santo y se llenó de él Cornelio y sus acompañantes. No digo que aún no le había impuesto las manos; es más, aún no lo había bautizado, pues por aquel entonces los que estaban con Pedro dudaban de si debían ser bautizados los incircuncisos. De hecho se había originado una gran disputa sobre si debían serlo o no, entre los judíos que habían creído y los fieles que procedían de la gentilidad. Este sublime testimonio fue como una voz dirigida a Pedro diciéndole: « ¿Por qué dudas del agua? Yo ya estoy aquí».

13. Con la seguridad de que por la gracia de Dios ha de ser librada de sus muchas iniquidades y, sabiendo que la purificación de su inmunda prostitución se hará realidad en la Iglesia, el alma, cualquier alma, crea, acérquese a los pies del Señor, busque sus huellas, confiese su pecado con las lágrimas y límpielos con sus cabellos. Los pies del Señor son los predicadores del Evangelio. Los cabellos de la mujer son los bienes superfluos. Limpie con los cabellos, límpielos totalmente, obre la misericordia. Y después de limpiárselos, béseles; reciba la paz, para tener la caridad. Se acercó alguien a uno corno el apóstol Pablo para ser bautizado por él. Escúchele: Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo. Si fue bautizado por otro que busca sus intereses y no los de Jesucristo, escuche las palabras del Señor: Haced lo que dicen y no hagáis lo que hacen. En un caso y en otro, quede tranquila; tanto si se encuentra con un ministro bueno como si se encuentra con otro que no hace lo que dice. En cualquier caso oírás confiada las palabras del Señor: Vete, mujer; tu fe te ha salvado.

(Sermones sobre los Evangelios Sinópticos, n. 98).

FRANCISCO – Homilias del 16 de junio de 2013 y 18 de septiembre de 2014

Dejarse tocar por la misericordia de Dios

16 de junio de 2013

Queridos hermanos y hermanas:

Esta celebración tiene un nombre muy bello: el Evangelio de la Vida. Con esta Eucaristía, en el *Año de la fe*, queremos dar gracias al Señor por el don de la vida en todas sus diversas manifestaciones, y queremos al mismo tiempo anunciar el Evangelio de la Vida.

A partir de la Palabra de Dios que hemos escuchado, quisiera proponeros tres puntos sencillos de meditación para nuestra fe: en primer lugar, la Biblia nos revela al Dios vivo, al Dios que es Vida y fuente de la vida; en segundo lugar, Jesucristo da vida, y el Espíritu Santo nos mantiene en la vida; tercero, seguir el camino de Dios lleva a la vida, mientras que seguir a los ídolos conduce a la muerte.

1. La primera lectura, tomada del Libro Segundo de Samuel, nos habla de la vida y de la muerte. El rey David quiere ocultar que cometió adulterio con la mujer de Urías el hitita, un soldado en su ejército y, para ello, manda poner a Urías en primera línea para que caiga en la batalla. La Biblia nos muestra el drama humano en toda su realidad, el bien y el mal, las pasiones, el pecado y

sus consecuencias. Cuando el hombre quiere afirmarse a sí mismo, encerrándose en su propio egoísmo y poniéndose en el puesto de Dios, acaba sembrando la muerte. Y el adulterio del rey David es un ejemplo. Y el egoísmo conduce a la mentira, con la que trata de engañarse a sí mismo y al prójimo. Pero no se puede engañar a Dios, y hemos escuchado lo que dice el profeta a David: «Has hecho lo que está mal a los ojos de Dios» (cf. 2 S 12,9). Al rey se le pone frente a sus obras de muerte –en verdad lo que ha hecho es una obra de muerte, no de vida–, comprende y pide perdón: «He pecado contra el Señor» (v. 13), y el Dios misericordioso, que quiere la vida y siempre nos perdona, le perdona, le da de nuevo la vida; el profeta le dice: «También el Señor ha perdonado tu pecado, no morirás». ¿Qué imagen tenemos de Dios? Tal vez nos parece un juez severo, como alguien que limita nuestra libertad de vivir. Pero toda la Escritura nos recuerda que Dios es el Viviente, el que da la vida y que indica la senda de la vida plena. Pienso en el comienzo del Libro del Génesis: Dios formó al hombre del polvo de la tierra, soplando en su nariz el aliento de vida y el hombre se convirtió en un ser vivo (cf. 2,7). *Dios es la fuente de la vida*; y gracias a su aliento el hombre tiene vida y su aliento es lo que sostiene el camino de su existencia terrena. Pienso igualmente en la vocación de Moisés, cuando el Señor se presenta como el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, como el Dios de los vivos; y, enviando a Moisés al faraón para liberar a su pueblo, revela su nombre: «Yo soy el que soy», el Dios que se hace presente en la historia, que libera de la esclavitud, de la muerte, y que saca al pueblo porque es el Viviente. Pienso también en el don de los Diez Mandamientos: una vía que Dios nos indica para una vida verdaderamente libre, para una vida plena; no son un himno al «no», no debes hacer esto, no debes hacer esto, no debes hacer esto... No. Es un himno al «sí» a Dios, al Amor, a la Vida. Queridos amigos, nuestra vida es plena sólo en Dios, porque solo Él es el Viviente.

2. El pasaje evangélico de hoy nos hace dar un paso más. Jesús encuentra a una mujer pecadora durante una comida en casa de un fariseo, suscitando el escándalo de los presentes: Jesús deja que se acerque una pecadora, e incluso le perdona los pecados, diciendo: «Sus muchos pecados han quedado perdonados, porque ha amado mucho, pero al que poco se le perdona, ama poco» (*Lc 7,47*). Jesús es la encarnación del Dios vivo, el que trae la vida, frente a tantas obras de muerte, frente al pecado, al egoísmo, al cerrarse en sí mismos. Jesús acoge, ama, levanta, anima, perdona y da nuevamente la fuerza para caminar, devuelve la vida. Vemos en todo el Evangelio cómo Jesús trae con gestos y palabras la vida de Dios que transforma. Es la experiencia de la mujer que unge los pies del Señor con perfume: se siente comprendida, amada, y responde con un gesto de amor, se deja tocar por la misericordia de Dios y obtiene el perdón, comienza una vida nueva. Dios, el Viviente, es misericordioso. ¿Están de acuerdo? Digamos juntos: Dios es misericordioso, de nuevo: Dios el Viviente, es misericordioso.

Esta fue también la experiencia del apóstol Pablo, como hemos escuchado en la segunda Lectura: «Mi vida ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí» (*Ga 2,20*). ¿Qué es esta vida? Es la vida misma de Dios. Y ¿quién nos introduce en esta vida? El Espíritu Santo, el don de Cristo resucitado. Es él quien nos introduce en la vida divina como verdaderos hijos de Dios, como hijos en el Hijo unigénito, Jesucristo. ¿Estamos abiertos nosotros al Espíritu Santo? ¿Nos dejamos guiar por él? El cristiano es un hombre espiritual, y esto no significa que sea una persona que vive «en las nubes», fuera de la realidad como si fuera un fantasma. No. El cristiano es una persona que piensa y actúa en la vida cotidiana según Dios, una persona que deja que su vida sea animada, alimentada por el Espíritu Santo, para que sea plena, propia de verdaderos hijos. Y eso significa realismo y fecundidad. Quien se deja guiar por el Espíritu Santo es realista, sabe cómo medir y evaluar la realidad, y también es fecundo: su vida engendra vida a su alrededor.

3. Dios es el Viviente, es el Misericordioso, Jesús nos trae la vida de Dios, el Espíritu Santo nos introduce y nos mantiene en la relación vital de verdaderos hijos de Dios. Pero, con frecuencia, lo sabemos por experiencia, el hombre no elige la vida, no acoge el «Evangelio de la vida», sino que se deja guiar por ideologías y lógicas que ponen obstáculos a la vida, que no la respetan, porque vienen dictadas por el egoísmo, el propio interés, el lucro, el poder, el placer, y no son dictadas por el amor, por la búsqueda del bien del otro. Es la constante ilusión de querer construir la ciudad del hombre sin Dios, sin la vida y el amor de Dios: una nueva Torre de Babel; es pensar que el rechazo de Dios, del mensaje de Cristo, del Evangelio de la Vida, lleva a la libertad, a la plena realización del hombre. El resultado es que el Dios vivo es sustituido por ídolos humanos y pasajeros, que ofrecen un embriagador momento de libertad, pero que al final son portadores de nuevas formas de esclavitud y de muerte. La sabiduría del salmista dice: «Los mandatos del Señor son rectos y alegran el corazón; la norma del Señor es límpida y da luz a los ojos» (*Sal 19,9*). Recordémoslo siempre: El Señor es el Viviente, es misericordioso. El Señor es el Viviente, es misericordioso.

Queridos hermanos y hermanas, miremos a Dios como al Dios de la vida, miremos su ley, el mensaje del Evangelio, como una senda de libertad y de vida. El Dios vivo nos hace libres. Digamos sí al amor y no al egoísmo, digamos sí a la vida y no a la muerte, digamos sí a la libertad y no a la esclavitud de tantos ídolos de nuestro tiempo; en una palabra, digamos sí a Dios, que es amor, vida y libertad, y nunca defrauda (cf. *1 Jn 4,8, Jn 11,25, Jn 8,32*), a Dios que es el Viviente y el Misericordioso. Sólo la fe en el Dios vivo nos salva; en el Dios que en Jesucristo nos ha dado su vida con el don del Espíritu Santo y nos hace vivir como verdaderos hijos de Dios por su misericordia. Esta fe nos hace libres y felices. Pidamos a María, Madre de la Vida, que nos ayude a acoger y dar testimonio siempre del «Evangelio de la Vida». Así sea.

El perfume de la pecadora

18 de septiembre de 2014

El Señor salva “solamente a quien sabe abrir su corazón y se reconoce pecador”. Es la enseñanza que el Papa Francisco dio del pasaje evangélico de san Lucas (Lc 7, 36-50) durante la misa que celebró el jueves 18 de septiembre, por la mañana, en Santa Marta. Se trata del relato de la pecadora que, durante la comida en la casa de un fariseo, sin ser ni siquiera invitada, se acerca a Cristo con “un vaso de perfume” y “colocándose detrás junto a sus pies, llorando”, comienza “a bañarlos de lágrimas”, luego los seca “con sus cabellos”, los besa y los unge de perfume.

El Pontífice explicó que precisamente “reconocer los pecados, nuestra miseria, reconocer lo que somos y lo que somos capaces de hacer o hemos hecho es la puerta que se abre a la caricia de Jesús, al perdón de Jesús. Al respecto el Papa repitió una expresión muy querida por él: “el lugar privilegiado para el encuentro con Cristo son los propios pecados”.

A un oído poco atento esto “parecería casi una herejía -comentó- pero lo decía también san Pablo” cuando, en la segunda lectura a los Corintios (2Co 12, 9), afirmaba gloriarse “solamente de dos cosas: de los propios pecados y de Cristo Resucitado que lo ha salvado”.

El Papa introdujo su reflexión reconstruyendo la escena descrita en el pasaje evangélico. Aquel “que había invitado a Jesús al almuerzo -hizo notar- era una persona de un cierto nivel, de cultura, quizás un universitario. Y “no parece que fuera una mala persona”. Hasta que irrumpe en el banquete una figura femenina, una que no tenía cultura o si la tenía, aquí no lo demostró”. En efecto, “entra y hace eso que quiere hacer: sin pedir disculpas, sin pedir permiso”.

Es entonces cuando la realidad se revela detrás de las buenas maneras: “Si este fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que lo está tocando, pues es una pecadora”. Este hombre “no era malo”, sin embargo, “no logra entender el gesto de la mujer. No logra entender los gestos elementales de la gente”. En resumen, “estaba alejado de la realidad”. Sólo así, continuó el Papa, se explica “la acusación” imputada a Jesús: “¡Este es un santón! Nos habla de cosas hermosas, hace un poco de magia; es un curandero; pero al final no conoce a la gente, porque si supiera de qué clase es esta, habría dicho algo”.

Hay entonces “dos actitudes” muy diferentes entre sí: por una parte la del “hombre que ve y califica”, juzga; y por otro la de la “mujer que llora y hace cosas que parecen locuras”, porque utiliza un perfume que “es caro, es costoso”. En especial el Pontífice se detuvo en el hecho de que el Evangelio sí utiliza la palabra “unción” para significar que el “perfume de la mujer unge: tiene la capacidad de ser una unción”, al contrario de las palabras del fariseo que “no llegan al corazón, no llegan a la realidad”.

En medio a estas dos figuras tan antitéticas está Jesús, con “su paciencia, su amor”, su “deseo de salvar a todos”, que “le lleva a explicar al fariseo qué significa eso que hace esta mujer” y a reprocharle, si bien “con humildad y ternura”, por no haber tenido “cortesía” con Él.

El Papa evidenció también que el Evangelio no dice “cómo terminó la historia para este hombre”, pero dice claramente “cómo terminó para la mujer: “Tus pecados han quedado perdonados”“. Una frase, esta, que escandaliza a los comensales, quienes comienzan a confabular entre sí preguntándose: “¿Pero quién es este, que hasta perdona pecados?”. En resumen, “a ella se le dice que sus pecados le son perdonados, a los demás, Jesús les hace ver sólo los gestos y se los explica, incluso los gestos no realizados, o sea lo que no han hecho con Él”. En consecuencia “la palabra salvación -”tu fe te ha salvado”- la dice sólo a la mujer, que es una pecadora. Y la dice porque ella logró llorar sus pecados, confesar sus pecados, decir: “Soy una pecadora”“. Por el contrario, “no la dice a esa gente”, que incluso “no era mala”, sino porque estas personas “creían que no eran pecadoras”.

He aquí entonces la enseñanza del Evangelio: “La salvación entra en el corazón solamente cuando abrimos el corazón en la verdad de nuestros pecados”. Ciertamente, observó el obispo de Roma, “ninguno de nosotros irá a hacer el gesto que hizo esta mujer”, pero todos nosotros tenemos la posibilidad de llorar, todos nosotros tenemos la posibilidad de abrimos y decir: Señor, ¡sálvame!”. También porque, afirmó, “a esa otra gente, en este pasaje del Evangelio, Jesús no dice nada. Pero en otro pasaje dirá esa terrible palabra: “¡Hipócritas, porque os habéis alejado de la realidad, de la verdad!”“. Y de nuevo, refiriéndose al ejemplo de esa pecadora, dice: “Pensad bien, serán las prostitutas y los publicanos que os precederán en el reino de los cielos”. Porque ellos -concluyó- “se sienten pecadores” y “abren su corazón en la confesión de los pecados, en el encuentro con Jesús, que dio su sangre por todos nosotros”.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Solo Dios perdona el pecado

1441 Sólo Dios perdona los pecados (cf *Mc 2,7*). Porque Jesús es el Hijo de Dios, dice de sí mismo: “El Hijo del hombre tiene poder de perdonar los pecados en la tierra” (*Mc 2,10*) y ejerce ese poder

divino: “Tus pecados están perdonados” (Mc 2,5; Lc 7,48). Más aún, en virtud de su autoridad divina, Jesús confiere este poder a los hombres (cf Jn 20,21-23) para que lo ejerzan en su nombre.

1442 Cristo quiso que toda su Iglesia, tanto en su oración como en su vida y su obra, fuera el signo y el instrumento del perdón y de la reconciliación que nos adquirió al precio de su sangre. Sin embargo, confió el ejercicio del poder de absolución al ministerio apostólico, que está encargado del “ministerio de la reconciliación” (2 Co 5,18). El apóstol es enviado “en nombre de Cristo”, y “es Dios mismo” quien, a través de él, exhorta y suplica: “Dejaos reconciliar con Dios” (2 Co 5,20).

La justificación

1987 La gracia del Espíritu Santo tiene el poder de santificarnos, es decir, de lavarnos de nuestros pecados y comunicarnos “la justicia de Dios por la fe en Jesucristo” (Rm 3, 22) y por el Bautismo (cf Rm 6, 3-4):

«Y si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él, sabiendo que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, y que la muerte no tiene ya señorío sobre él. Su muerte fue un morir al pecado, de una vez para siempre; mas su vida, es un vivir para Dios. Así también vosotros, consideraos como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús» (Rm 6, 8-11).

1988 Por el poder del Espíritu Santo participamos en la Pasión de Cristo, muriendo al pecado, y en su Resurrección, naciendo a una vida nueva; somos miembros de su Cuerpo que es la Iglesia (cf 1 Co 12), sarmientos unidos a la Vid que es Él mismo (cf Jn 15, 1-4)

«Por el Espíritu Santo participamos de Dios [...] Por la participación del Espíritu venimos a ser partícipes de la naturaleza divina [...] Por eso, aquellos en quienes habita el Espíritu están divinizados» (San Atanasio de Alejandría, Epistula ad Serapionem, 1, 24).

1989 La primera obra de la gracia del Espíritu Santo es la *conversión*, que obra la justificación según el anuncio de Jesús al comienzo del Evangelio: “Convertíos porque el Reino de los cielos está cerca” (Mt 4, 17). Movido por la gracia, el hombre se vuelve a Dios y se aparta del pecado, acogiendo así el perdón y la justicia de lo alto. “La justificación no es solo remisión de los pecados, sino también santificación y renovación del interior del hombre” (Concilio de Trento: DS 1528).

1990 La justificación libera *al hombre del pecado* que contradice al amor de Dios, y purifica su corazón. La justificación es prolongación de la iniciativa misericordiosa de Dios que otorga el perdón. Reconcilia al hombre con Dios, libera de la servidumbre del pecado y sana.

1991 La justificación es, al mismo tiempo, *acogida de la justicia de Dios* por la fe en Jesucristo. La justicia designa aquí la rectitud del amor divino. Con la justificación son difundidas en nuestros corazones la fe, la esperanza y la caridad, y nos es concedida la obediencia a la voluntad divina.

1992 La justificación nos fue *merecida por la pasión de Cristo*, que se ofreció en la cruz como hostia viva, santa y agradable a Dios y cuya sangre vino a ser instrumento de propiciación por los pecados de todos los hombres. La justificación es concedida por el Bautismo, sacramento de la fe. Nos asemeja a la justicia de Dios que nos hace interiormente justos por el poder de su misericordia. Tiene por fin la gloria de Dios y de Cristo, y el don de la vida eterna (cf Concilio de Trento: DS 1529)

«Pero ahora, independientemente de la ley, la justicia de Dios se ha manifestado, atestiguada por la ley y los profetas, justicia de Dios por la fe en Jesucristo, para todos los que creen —pues no hay diferencia alguna; todos pecaron y están privados de la gloria de Dios— y son justificados por el don de su gracia, en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús, a quien Dios exhibió como

instrumento de propiciación por su propia sangre, mediante la fe, para mostrar su justicia, pasando por alto los pecados cometidos anteriormente, en el tiempo de la paciencia de Dios; en orden a mostrar su justicia en el tiempo presente, para ser él justo y justificador del que cree en Jesús» (Rm 3,21-26).

1993 La justificación establece la *colaboración entre la gracia de Dios y la libertad del hombre*. Por parte del hombre se expresa en el asentimiento de la fe a la Palabra de Dios que lo invita a la conversión, y en la cooperación de la caridad al impulso del Espíritu Santo que lo previene y lo custodia:

«Cuando Dios toca el corazón del hombre mediante la iluminación del Espíritu Santo, el hombre no está sin hacer nada en absoluto al recibir aquella inspiración, puesto que puede también rechazarla; y, sin embargo, sin la gracia de Dios, tampoco puede dirigirse, por su voluntad libre, hacia la justicia delante de Él» [Concilio de Trento: DS 1525].

1994 La justificación es la *obra más excelente del amor de Dios*, manifestado en Cristo Jesús y concedido por el Espíritu Santo. San Agustín afirma que “la justificación del impío [...] es una obra más grande que la creación del cielo y de la tierra” [...] porque “el cielo y la tierra pasarán, mientras [...] la salvación y la justificación de los elegidos permanecerán” (San Agustín, *In Iohannis evangelium tractatus*, 72, 3). Dice incluso que la justificación de los pecadores supera a la creación de los ángeles en la justicia porque manifiesta una misericordia mayor.

1995 El Espíritu Santo es el maestro interior. Haciendo nacer al “hombre interior” (Rm 7, 22 ; Ef 3, 16), la justificación implica la *santificación* de todo el ser:

«Si en otros tiempos ofrecisteis vuestros miembros como esclavos a la impureza y al desorden hasta desordenaros, ofrecedlos igualmente ahora a la justicia para la santidad [...] al presente, libres del pecado y esclavos de Dios, fructificáis para la santidad; y el fin, la vida eterna» (Rm 6, 19. 22).

La purificación del corazón

2517 El corazón es la sede de la personalidad moral: “de dentro del corazón salen las intenciones malas, asesinatos, adulterios, fornicaciones” (Mt 15, 19). La lucha contra la concupiscencia de la carne pasa por la purificación del corazón:

«Mantente en la simplicidad y en la inocencia, y serás como los niños pequeños que ignoran la perversidad que destruye la vida de los hombres» (Hermas, Pastor 27, 1 [mandatum 2, 1]).

2518 La sexta bienaventuranza proclama: “Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios” (Mt 5,8). Los “corazones limpios” designan a los que han ajustado su inteligencia y su voluntad a las exigencias de la santidad de Dios, principalmente en tres dominios: la caridad (cf *1 Tm* 4, 3-9; *2 Tm* 2, 22), la castidad o rectitud sexual (cf *1 Ts* 4, 7; *Col* 3, 5; *Ef* 4, 19), el amor de la verdad y la ortodoxia de la fe (cf *Tt* 1, 15; *1 Tm* 3-4; *2 Tm* 2, 23-26). Existe un vínculo entre la pureza del corazón, la del cuerpo y la de la fe:

Los fieles deben creer los artículos del Símbolo “para que, creyendo, obedezcan a Dios; obedeciéndole, vivan bien; viviendo bien, purifiquen su corazón; y purificando su corazón, comprendan lo que creen” (San Agustín, De fide et Symbolo, 10, 25).

2519 A los “limpios de corazón” se les promete que verán a Dios cara a cara y que serán semejantes a Él (cf *1 Co* 13, 12, *1 Jn* 3, 2). La pureza de corazón es el preámbulo de la visión. Ya desde ahora esta pureza nos concede ver *según* Dios, recibir al otro como un “prójimo”; nos permite considerar el

cuerpo humano, el nuestro y el del prójimo, como un templo del Espíritu Santo, una manifestación de la belleza divina.

David y Natán

1481 La liturgia bizantina posee expresiones diversas de absolución, en forma deprecativa, que expresan admirablemente el misterio del perdón: “Que el Dios que por el profeta Natán perdonó a David cuando confesó sus pecados, y a Pedro cuando lloró amargamente y a la pecadora cuando derramó lágrimas sobre sus pies, y al publicano, y al pródigo, que este mismo Dios, por medio de mí, pecador, os perdone en esta vida y en la otra y que os haga comparecer sin condenaros en su temible tribunal. El que es bendito por los siglos de los siglos. Amén” (*Eulógion to méga* [Atenas 1992] p. 222).

1736 Todo acto directamente querido es imputable a su autor:

Así el Señor pregunta a Adán tras el pecado en el paraíso: “¿Qué has hecho?” (*Gn* 3,13). Igualmente a Caín (cf *Gn* 4, 10). Así también el profeta Natán al rey David, tras el adulterio con la mujer de Urías y la muerte de éste (cf *2 S* 12, 7-15).

Una acción puede ser indirectamente voluntaria cuando resulta de una negligencia respecto a lo que se habría debido conocer o hacer, por ejemplo, un accidente provocado por la ignorancia del código de la circulación.

2538 El décimo mandamiento exige que se destierre del corazón humano la *envidia*. Cuando el profeta Natán quiso estimular el arrepentimiento del rey David, le contó la historia del pobre que sólo poseía una oveja, a la que trataba como una hija, y del rico que, a pesar de sus numerosos rebaños, envidiaba al primero y acabó por robarle la oveja (cf *2 S* 12, 1-4). La envidia puede conducir a las peores fechorías (cf *Gn* 4, 3-7; *1 R* 21, 1-29). La muerte entró en el mundo por la envidia del diablo (cf *Sb* 2, 24).

«Luchamos entre nosotros, y es la envidia la que nos arma unos contra otros [...] Si todos se afanan así por perturbar el Cuerpo de Cristo, ¿a dónde llegaremos? [...] Estamos debilitando el Cuerpo de Cristo [...] Nos declaramos miembros de un mismo organismo y nos devoramos como lo harían las fieras» (San Juan Crisóstomo, *In epistulam II ad Corinthios*, homilía 27, 3-4).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

Una mujer vino con un frasco de perfume

Hay páginas evangélicas en donde la enseñanza está tan ligada a la acción que no se atiende en pleno a lo primero si no se parte de lo segundo. El episodio de hoy de la pecadora en casa de Simón es una de éstas. Por ello, en este caso no podemos describir el mensaje central para seguir después su desarrollo; debemos, por el contrario, seguir el desarrollo de la acción para determinar, al final, el mensaje.

Se trata de una página muy movida al menos con cuatro cambios de perspectiva, correspondientes a los diversos personajes, que poco a poco vienen encuadrados: la mujer, el fariseo, Jesús y los comensales. Dejemos aparte lo que dicen estos últimos («¿Quién es este, que hasta perdona pecados?»; ya que esto hace referencia a un tema cristológico sobre el que hemos insistido en otra ocasión (cfr. VII Domingo del Tiempo Ordinario, ciclo B) y centrémonos sobre los tres primeros personajes. La primera es una escena muda; no hay palabras sino sólo gestos silenciosos:

«Un fariseo rogaba a Jesús que fuera a comer con él. Jesús, entrando en casa del fariseo, se recostó a la mesa. Y una mujer de la ciudad, una pecadora, al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, vino con un frasco de perfume y, colocándose detrás junto a sus pies, llorando, se puso a regarle los pies con sus lágrimas, se los enjugaba con sus cabellos, los cubría de besos y se los ungía con el perfume».

Casi ciertamente se trata de una prostituta, porque esto significaba entonces el término «pecadora» aplicado a una mujer. Ella ha sido antes tocada *por* la gracia en un encuentro precedente *con* Jesús, *porque* resulta que lo *conoce* ya y se ha informado *dónde* lo habría de encontrar. Tiene el corazón inquieto y *no* tiene vergüenza en detenerlo. No se aventura a tocar su cabeza; pero, se lanza de pronto a sus pies para rociarlos de perfume *con* infinita devoción y respeto. Las lágrimas *no* estaban previstas y, una vez derramadas, la mujer busca remediar el «daño» del mejor *modo* posible *soltándose* los cabellos para secarle.

Llegados a este punto, el objetivo de nuestra hipotética cámara se traslada sobre el fariseo, que había invitado a comer a Jesús. La escena es aún muda; pero, sólo en apariencia. El fariseo «habla dentro de sí»; pero, habla:

«Al ver esto, el fariseo que lo había invitado se dijo: “Si éste fuera profeta, sabría quién es esta mujer que lo está tocando y lo que es: una pecadora”».

En apariencia, el fariseo se muestra indulgente, intenta excusar a Jesús, atribuyendo a ignorancia su dejar hacer a la mujer: «Pobrecillo, ¡no sabe bien quién es aquella que le toca!» Pero, hace esto a precio de una acusación mucho más grave: Jesús no es un profeta, es mucho menos que el profeta esperado en los últimos tiempos; por lo tanto, usurpa la fama de que goza, se engaña y traiciona a la gente.

Llegados a este punto del Evangelio, y sólo en este punto, Jesús toma la palabra para dar su juicio sobre el actuar de la mujer y sobre los pensamientos del fariseo:

«Jesús tomó la palabra y le dijo: “Simón, tengo algo que decirte”. Él respondió: “Dímelo, maestro”. Jesús le dijo: “Un prestamista tenía dos deudores; uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar, los perdonó a los dos. ¿Cuál de los dos lo amará más?” Simón contestó: “Supongo que aquel a quien le perdonó más”. Jesús le dijo: “Has juzgado rectamente”».

Jesús, sobre todo, al que le ha invitado le facilita la posibilidad de convencerse que él es, de hecho, un profeta, puesto que ha leído los pensamientos de su corazón; al mismo tiempo, con la parábola, les prepara a todos a entender lo que está a punto de decir en defensa de la mujer, la cual, lavando sus pies, besándolos y rociándolos de perfume, ha realizado 10 que el dueño de la casa no ha hecho:

«Por eso te digo: sus muchos pecados están perdonados, porque tiene mucho amor; pero al que poco se le perdona, poco ama. Y a ella le dijo: Tus pecados están perdonados».

Siempre se ha hecho notar una cierta discrepancia entre la antedicha parábola de Jesús y la aplicación que le hace él mismo a la mujer. En la primera, *el perdón es la causa del amor*: la mujer ama mucho porque le ha sido perdonado mucho; en la segunda, *el amor es la causa del perdón*: le son perdonados sus muchos pecados porque ha amado mucho. En la primera, la iniciativa es de Dios; en la segunda, parece ser de la mujer. No hay necesidad y no se sabe a qué piruetas recurrir para resolver la dificultad. Es que en las cosas del espíritu hay siempre un cierto movimiento circulatorio y de reciprocidad. El perdón de Dios crea el amor reconocido por la criatura y el amor de la criatura,

haciendo una humilde confesión de su pecado, perfecciona y acrecienta el amor. Una y otra cosa, por lo tanto, son verdaderas.

Hasta aquí la narración evangélica. ¿Qué nos espera por parte de quien lee hoy esta narración? Es claro que el episodio de la pecadora, según las intenciones de Lucas que lo relata, debe servir para hacer comprender el espíritu de Cristo y su mensaje de salvación para con los pobres, los pecadores, los descartados o excluidos. Él no escribe su Evangelio para los fariseos sino para los cristianos; es más, lo escribe precisamente para los cristianos provenientes del paganismo. Signo claro de que consideraba la lección de Cristo como dirigida no solamente a los fariseos de un tiempo sino a todos a quienes hubieren leído el Evangelio. Asimismo, a nosotros.

En realidad, estamos ante un problema siempre actual. Se trata de saber en qué consiste la verdadera religiosidad, cuál es el sentimiento y el planteamiento más justo ante Dios, qué es lo que Dios estima sobre todo en la criatura. Según un cierto modo de pensar, todo se resuelve con la observancia de la ley, entendida más que nada de un modo reductor (toda la atención por parte de los fariseos se concentraba en los preceptos violados por los publicanos y por las prostitutas, mientras que pasaban por alto los demás, como el del amor al prójimo, sencillamente clarísimo en la ley). Este criterio legalista permite dividir a las personas en dos categorías bien determinadas: los justos y los pecadores. De hecho, ya no hay más lugar para la misericordia, que es el atributo más auténtico de Dios: pues, en efecto, el pecador no la merece y el justo no tiene necesidad de ella. Se crea la convicción erradísima (en esto consistirá la herejía pelagiana) según la cual basta que Dios revele su voluntad y dé a los suyos sus mandamientos para que el hombre con su sola buena voluntad esté en disposición de cumplirlos sin necesidad de más.

La mujer manifiesta en acto todo el otro universo religioso efectuado por el humilde reconocimiento del pecado, por la voluntad de cambiar, por la gratitud hacia Dios, que les da siempre a sus criaturas nuevas posibilidades de rescate, que prefiere la misericordia más que el sacrificio y aprecia el amor de un corazón contrito más que todos los holocaustos y sacrificios (cfr. *Salmo* 51,18; *Jeremías* 6, 20). La criatura no se siente merecedora de Dios, sino deudora siempre y de todo.

Podemos ver, también, en nuestro pasaje evangélico la preocupación del evangelista en mostrar la novedad del planteamiento de Jesús para con las mujeres. Esta intención aparece, igualmente, por el hecho de que Lucas acepta la ocasión en la conclusión de su relato para hablar de un cierto número de mujeres, que seguían constantemente a Jesús, ayudándole con sus bienes, de las que nos ofrece también sus nombres: María la de Magdala (en el pasado identificada erradamente con la pecadora del Evangelio de hoy), Juana, Susana y otras. Este hecho resulta hasta revolucionario si se piensa en la condición de la mujer en tiempo de Cristo. En el ámbito religioso las mujeres no tenían casi ningún lugar. No podían estar en la sinagoga junto con los hombres y estaban excluidas de las ceremonias religiosas. En la práctica, trataban con Dios sólo mediante alguna persona interpuesta o a través del marido. Jesús ahora las trata igual que a sus discípulos hombres. Es más, mientras con frecuencia les reprende a estos últimos, nunca se lee una palabra dura dirigida a una mujer.

Con todo esto, sin embargo, no hemos todavía cogido la finalidad más verdadera y actual de esta página del Evangelio. Tal finalidad se expresa cuando con toda naturalidad una persona, hombre o mujer, se identifica con la pecadora, se reconoce plenamente en ella y desea repetir la experiencia interior de esta mujer en su vida. En el corazón de la mujer ha tenido lugar ya la verdadera conversión. Para pasar de golpe desde una vida en la calle pública, dominada por todas las demás preocupaciones y pensamientos, a sentimientos tan distintos, posiblemente ¡qué revolución se ha realizado en su corazón! Y todo por haber visto a aquel hombre de Nazaret y haber escuchado una

palabra suya, quizás desde lejos. En ello se nos presenta la mujer como el prototipo de todas las grandes conversiones provocadas por el encuentro con Cristo: por ejemplo, la de Pablo, que ve trocarse lo que hasta un momento antes había sido para él «la ganancia» de su vida como «pérdida» y «basura»; la de Francisco de Asís, que ve cambiarse «en dulzura de alma y cuerpo», como dirá en su testamento, lo que antes le parecía amargo.

No se ha dicho que todo esto deba suceder sólo una vez en la vida, en el momento de la primera conversión. El paso desde el corazón de piedra al corazón de carne (cfr. *Ezequiel* 11, 19) no tiene lugar de una sola vez. Frecuentemente, en la vida nos encontramos lejos con un corazón de nuevo endurecido y necesitado de reconciliación con Dios y consigo mismo. Es el momento de acordarnos de esta página del Evangelio y de escuchar la voz del Espíritu, que nos invita a revivirla. Si buscas hoy dónde encontrar a Jesús para regarle los pies con las lágrimas, no tendrás que ir lejos o refugiarte en la imaginación. En la Eucaristía, cada Domingo, cada día, puedes encontrar que se sienta a la mesa con los suyos, puedes «acurrucarte» a sus pies, expresarle tu arrepentimiento y la gratitud, experimentando, cada vez, «la alegría de tu salvación» (*Salmo* 51,14).

Esto es verdad y se repite con frecuencia; el cristianismo no es una doctrina sino una persona: Jesucristo. Lo más importante en todo ello es por lo mismo la relación que se tiene con él. Felices nosotros si decidimos tomar como programa de vida las palabras de Pablo en la segunda lectura de hoy:

«Mientras vivo en esta carne, vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí».

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Jesús vino para amar

Nos ofrece hoy la Iglesia, Madre nuestra, uno de tantos episodios de la vida de Jesús en el que resalta su amor por los hombres –desea para cada uno siempre lo mejor–, aunque pudiera parecer que no es lo indicado.

En este caso, de acuerdo con la mentalidad de la época, al menos de acuerdo con la opinión de las personas tenidas por cultas e influyentes: los fariseos, la conocida pecadora que entró en la casa de Simón, era por eso mismo una persona a evitar. Con mayor motivo a evitar por Jesús, que debía ser ejemplo de conducta antes que maestro con palabras.

Pero todo se explica con la gran lección de Jesús, durante aquella comida en casa del fariseo: que sólo el amor cuenta y que todo en nuestra vida debe ser amor. Que en modo alguno consiste el ideal de vida que Dios nos propone, en unas conductas mandadas porque están mandadas, sino en el amor a Dios con que se actúa. Y, por esto, hasta el gesto que parece más irrelevante, hasta la actitud más criticada pueden ser muy gratos ante Dios.

¿Es Dios, de modo habitual, la razón por la que me muevo, o es más bien mi interés, que me contemplan otros, o que he de responder ante una instancia humana la razón de lo que hago? Tengamos deseos de una sana libertad: que no nos condicione nada ni nadie más que Dios. Que no nos importe, como a la pecadora del Evangelio, ni el gasto, ni la honra, ni los hombres. Que sea Dios ante todo a quien vemos delante y a quien deseamos agradecer, sea lo que sea que traigamos entre manos.

Pecadores, como somos, no es en modo alguno insólito que nos olvidemos de Dios, con la mejor intención –mejor sería decir: “sin apenas darnos cuenta”– cuando nos dedicamos a tareas que de suyo buenas: nuestro trabajo, nuestra familia, nuestros amigos, nuestro descanso, etc., que a Dios le agradarían si estuvieran hechas en su presencia, ofrecidas a Él, y no por un motivo meramente humano. ¿Acaso no es la posibilidad de actuar por Dios, con Dios y para Él, como hijos muy queridos del Creador y Señor del mundo, la causa de nuestra humana dignidad?

Pero ese inapreciable talento, que poseemos por el designio divino de que seamos hombres – a su imagen y semejanza– y por la Redención sus hijos adoptivos, es para cada uno un punto de partida. Pues es con nuestro amor libre, correspondiendo al que Dios nos tiene, como alcanzamos la grandeza colmada a la que tiene de suyo aquella dignidad personal: el talento inapreciable de ser hombres.

Jesús se fija en el amor de la mujer pecadora y el amor de Simón el fariseo. Es el amor de cada uno –el amor a Dios– lo que los califica, como es el amor nuestro a Dios en nuestras obras quien habla de la categoría de cada uno. Preguntémonos, pues, y en concreto, qué detalles en nuestra vida manifiestan que pensamos en Dios, en agradecerle, mientras nos ocupamos de nuestros quehaceres habituales. Así como nuestro interés, nuestro amor por las personas y las cosas, se nota en formas, en modos de comportarnos, lo mismo nuestro amor a Dios. Nuestro interés por agradecerle se notará con claridad, como fue patente el de aquella mujer a los pies de Cristo.

Es frecuente vernos preocupados por ideales como la solidaridad, la generosidad, la cooperación...; y alentar otros como la laboriosidad o la alegría. Pero ¿cómo no decidimos poner más expresamente a Dios como fin de nuestras obras? ¿No estarían así garantizadas además todas esas actitudes nobles y tan necesarias que en ocasiones echamos de menos? El amor es fecundo; el amor conduce a poner lo mejor de uno mismo en favor de los demás. Ya de suyo engendra alegría en quien ama, aunque pueda ser costoso, incluso muy costoso en ocasiones. Y así como el amor provoca amor en los otros, se aprecia también enseguida y gustosamente, la alegría de sentirse amado.

Bienaventurada porque has creído, escuchó María de labios de Isabel. No hay criatura más contenta que María: la que ha amado más, la que no se ha reservado nada.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

La liberación de la mujer

En la palabra de Dios de esta liturgia desfilan ante nosotros muchos personajes:

— en la primera lectura, el profeta Natán que, después de haberle narrado a David su famosa parábola (el rico despiadado que mata la única oveja del pobre para agasajar al huésped), provoca en el rey la repentina revelación de su culpa, enfureciéndose y gritándole: *¡Ese hombre eres tú!* luego, David mismo que exclama arrepentido: *¡He pecado contra el Señor!*

— en el Salmo responsorial, se escucha la voz de un hombre que narra la experiencia dulcísima que tuvo del perdón de Dios: *Feliz el hombre al que es perdonada la culpa...*;

— en el Evangelio, los personajes además se desesperan: Jesús, Simón, la pecadora, los comensales que murmuran en voz baja, y, finalmente, las mujeres que seguían a Jesús.

Pero entre todos estos personajes de hoy, el protagonista —después de Jesús— es justamente el que no pronuncia ninguna palabra: la pecadora. Ella entra en escena llorando (tal vez acaba de escuchar una predicación de Jesús que la conmovió y la convirtió), va directamente a él, le baña los

pies con sus lágrimas y después, confundida por haberlos mojado, se suelta los cabellos y se pone a secarle los pies. Tal vez sea justamente el gesto de recogerse el cabello en público (gesto considerado particularmente audaz e inconveniente en una mujer) el que perturba a los hombres presentes e induce a Simón a intervenir. A partir de ese momento, la atención se traslada al diálogo entre Simón y Jesús, y a la mujer debemos pensarla un poco apartada, concentrada mirando confusa y agradecida a su Salvador que por defenderla se juega la fama de profeta.

En el diálogo entre Jesús y Simón, se encuentra insertada la parábola de los dos deudores: *Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios, el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar, perdonó a ambos la deuda. ¿Cuál de los dos lo amará más* (mejor: le estará más agradecido)? Esta parábola parece contener una contradicción: en la primera parte (v. 42), el amor es presentado como la consecuencia del perdón (al que se le perdona más ama más); en cambio en la segunda parte (v. 47), el perdón parece ser la consecuencia del amor (*sus numerosos pecados le han sido perdonados porque ha demostrado mucho amor*). A veces, se intenta armonizar el asunto reduciendo una de las dos afirmaciones a la otra, en general la segunda a la primera: le son perdonados sus muchos pecados, ya que (entiéndase: *por eso*) ha amado mucho. Pero tal vez debamos ver también aquí un caso de esta circularidad que se observa a menudo en el Evangelio. En las cosas de Dios, causa y efecto no están tan nítidamente divididos sino que se entrelazan: el perdón de Dios crea el amor agradecido del hombre y el amor del hombre, al hacerse humilde confesión de pecado, perfecciona el perdón. Al final, la “contradicción” se agranda porque todo parece depender además de la fe: *¡Tu fe te ha salvado!*

Pero sería estúpido que nos perdiéramos en precisiones exegéticas frente a un texto del cual se desprende una fuerza tan grande de Evangelio; en este *Leitmotiv* que atraviesa toda la predicación de Jesús nos encontramos ante una nota aguda: el Evangelio es para los pobres (cf. Lc. 4,18); los enfermos son los que necesitan al médico (cf. Mc. 2,17); los publicanos y las prostitutas entrarán en el Reino más fácilmente que los irreprochables fariseos (cf. Mt. 21,31).

En este tema común, el fragmento de hoy parece introducir una novedad: entre los pobres, los despreciados y los marginados por los que vino Jesús, está también la mujer. No sólo esa mujer en particular y ni siquiera las prostitutas en especial, sino la mujer en general, la mujer como condición humana y social; podríamos decir sin exagerar: la condición femenina. Lucas captó este significado y lo puso de relieve haciendo seguir inmediatamente, al episodio en casa de Simón el fariseo la noticia de las mujeres que Jesús había liberado de la enfermedad y lo seguía sirviéndolo con alegría (*Lo acompañaban... algunas mujeres que habiendo sido curadas de malos espíritus y enfermedades... y muchas otras, que los ayudaban con sus bienes*). Lucas, “el evangelista de los pobres” es también el evangelista de las mujeres, en el sentido de que es el que se preocupa más por señalar su presencia alrededor de Jesús y la apertura de Jesús hacia ellas. El mismo comportamiento de Jesús en casa de Simón expresa el reconocimiento de la bondad de ciertos valores y expresiones de la personalidad femenina hasta ahora considerados con desprecio, como manifestaciones de debilidad antes que de amor. La redención de la condición femenina comienza, en el Evangelio, con la proclamación de la supremacía del amor sobre la ley. (Si Jesús hubiera hablado en nuestra sociedad, estoy seguro de que entre las categorías de los pobres, de los cuales asume la defensa, habrían estado también los ancianos; en el Evangelio, no están porque en esa época. los ancianos, lejos de estar entre las categorías marginadas, eran los verdaderos pilares de la sociedad, eran los que contaban. ¡O sea que sobre ellos ya fuimos advertidos!)

La mujer ya no está en la injusta condición que estaba en Palestina en la época de Jesús Y, sin embargo, estamos lejos de haber alcanzado la meta de una verdadera y cristiana liberación de la

mujer. Interroguémonos hoy sobre este tema; vale la pena insistir en él, aunque lo hayamos tocado *otros* domingos (cf. 33º domingo. Ciclo A).

¿Qué pueden significar la vida y el ejemplo de Jesús para una mujer cristiana que quiere vivir a conciencia este grandioso “signo de los tiempos” que es la liberación de la mujer? ¡Muchísimas cosas! Partamos de la *actitud de Jesús*. Jesús no era lo que hoy se diría un feminista; no hizo nunca un análisis o una crítica explícita de las instituciones y de las relaciones sociales entre las clases o los sexos. Se siente llamado a otra finalidad; su misión se ubica en otro plano, donde la diferencia entre macho y hembra (como la de esclavo y libre) no tiene ninguna gravitación; se ubica en el plano originario de Dios, donde macho y hembra figuran con el mismo carácter como “imagen de Dios”. Pero justamente porque veía las cosas desde su plano más alto, Jesús poseía tal libertad respecto de las deformaciones de las relaciones humanas que su actitud misma estaba cargada de novedad y de poder liberador. Jesús es libre frente a la mujer; no la percibe (del mismo modo que los *otros* hombres) como una acechanza o una amenaza confusa (Jesús no se siente perturbado por los cabellos sueltos de la mujer, Simón sí) y eso le permite romper muchos prejuicios respecto de ella, como vimos en el Evangelio mismo de hoy. Jesús no transfiere a la mujer el peso del propio pecado y de la propia concupiscencia (la misoginia de los hombres en general se origina allí), porque él no tiene pecado y su mirada es purísima. Nunca sale de la boca de Jesús una palabra de desprecio o de falta de estima por la mujer en cuanto mujer, algo que constituía en cambio una especie de lugar común de la enseñanza rabínica y de la cultura de la época.

Jesús ejerce una fascinación excepcional en las mujeres que lo encuentran incluso ocasionalmente, como aquella mujer que, al oírlo hablar, exclama: *¡Feliz el seno que te llevó y los pechos que te amamantaron!* (Lc. 11,27). Jesús sabe evangelizar sin destruir el ímpetu y el calor propios de su alma, sino que los eleva y pasa a través de ellos; ese día hizo que las lágrimas y los besos de la pecadora también fueran puros.

Con todo, la innovación más profunda se encuentra en la *enseñanza de Jesús*. Ésta consiste en la relativización del sexo y el matrimonio, mediante la posición dialéctica de un segundo estado, o estructura de vida: el celibato y la virginidad por el Reino. Un estado en el cual se realiza una perfecta igualdad y donde ya no tiene sentido la distinción entre sexo fuerte y sexo débil, justamente porque no es un estado basado en el sexo (si bien, evidentemente, no prescinde de él). La Iglesia de los orígenes demostró haber comprendido, en este punto, la novedad evangélica y circundó de un honor extraordinario el estado virginal femenino. Entre las principales causas de la rehabilitación de la mujer en la antigüedad cristiana cabe enumerar a algunas figuras extraordinarias de vírgenes y mártires: Inés, Perpetua, Cecilia. Ellas mostraron que, gracias a Dios, hay un ámbito donde la etiqueta “sexo débil” resultaba falaz y era el ámbito más importante de todos.

La enseñanza de Jesús, por lo demás, profundiza aún más. Jesús viene a decir que entre el hombre y la mujer, el sexo no es la única relación posible, ni la sola vía de integración y comunicación; hay todo un inmenso sector de la vida, por ejemplo, la evangelización y el Reino, donde, manteniéndose ellos mismos. O sea, o varón o mujer, pueden trabajar juntos. Este era un punto importantísimo ya que gran parte de la subordinación de la mujer se originaba ahí: en el ser vista casi exclusivamente como el otro sexo, más aún como sexo puro y simple, y como instrumento necesario para tener una descendencia. Esta última —o sea, la prole— era, de lejos, lo más importante y buscado, hasta tal punto que, en caso de conflicto entre las razones de la fidelidad y el amor y las de la prole, prevalecían siempre las segundos (de ahí la institución del divorcio y del levirato). Jesús, con su famoso discurso sobre la indisolubilidad del matrimonio, realiza el gesto

inaudito de revertir esta lógica y poner el amor y la fidelidad por encima incluso de la descendencia y la procreación: ¡por ningún motivo es lícito que un hombre rechace a su mujer!

¿Qué conclusión podemos sacar de esta lectura del Evangelio de hoy?

Primero, que la acción en favor de una liberación de la mujer no es menos conforme al espíritu del Evangelio que —guardando las debidas proporciones— la acción en favor de otras categorías humanas discriminadas, como los pobres y los enfermos. Esto, naturalmente, siempre y cuando esa acción se proponga fines de auténtica liberación humana y cristiana y que también la mujer, como cualquier otra criatura racional, acepte la ley esencial de toda libertad creada. En otras palabras, la libertad que se quiere conquistar debe ser una “libertad en la obediencia de Dios” y no —como está ocurriendo, por ejemplo en cierta propaganda a favor del aborto— una libertad de hacer impunemente el mal (¿cómo hacer para convencer a ciertas feministas de que invocar el aborto libre y gratuito es el mejor modo de mantenerse frente al varón en el papel de la cosa y el juguete para divertirse, sin asumir ninguna responsabilidad seria?)

Segundo: la acción en favor de la liberación de la mujer es hipócrita y vana si no tiene el coraje de denunciar una de las manifestaciones más vistosas de esa esclavitud sólo porque halaga también a la mujer; ¡hablo de la idolatría del cuerpo de la mujer! ¡Cuánto incienso se quema a este ídolo y cuánta sangre se derrama por él! Buena parte de nuestra sociedad —el mundo del espectáculo y la publicidad casi en su totalidad— se rige por la utilización instrumental del cuerpo femenino. Alguien que visitara por primera vez nuestras ciudades, viniendo de países menos “emancipados”, se llevaría una impresión similar a la que tenía quien ponía los pies en Atenas o Roma en el apogeo del paganismo: ídolos en todas partes y en todas las paredes, imágenes “falsas y engañosas” (además de impúdicas, se entiende) arrojadas por la fuerza a los ojos de todos, incluso de quien las condena (por ende, una forma de auténtica violencia).

De más está decir en qué sentido todo esto es contrario a la liberación de la mujer; el hombre inventó un nuevo modo de servirse a su gusto —y en su propio beneficio!— de la mujer. La mujer, sin darse cuenta, es reducida a pura corporeidad y a sexo, deja de aparecer como persona dotada de un destino propio y de autodeterminación y se convierte en cosa; se aliena en el sentido verdadero y fuerte. Si hay mujeres que se complacen con esto, entonces, es necesario decir que aquella antigua maldición que se lee en el Génesis todavía pesa mucho sobre ellas: *Sentirás atracción por tu marido y él te dominará* (cf. Gen. 3,16).

Hay que atacar esta esclavitud en nombre de la libertad aportada por Cristo, desenmascarar su lógica de dominio y de provecho, para que ninguna mujer creyente descubra tan fácilmente su cuerpo a ojos malvados y ningún hombre creyente se nutra voluntariamente de este “incentivo de muerte”. *Pero el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor... han sido comprados ¡y a qué precio! Glorifiquen entonces a Dios en sus cuerpos* (1 Cor. 6. 13.20). Jesús, en el Evangelio, rescató la dignidad de muchas mujeres, pero sin nunca condescender a sus debilidades; recibió, sí, a las prostitutas (tal vez eso era también la mujer del Evangelio de hoy), pero al despedirlas ya no lo eran: *Ve en paz —dice— y de aquí en más no peques más*.

La Eucaristía es el reclamo viviente y el medio más eficaz que las mujeres cristianas —más aún, todos los creyentes indistintamente— tienen para concretar esa liberación: *El que se une al Señor se hace un solo espíritu con él* (1 Cor. 6,17); *ya no hay ni varón ni mujer, porque todos ustedes no son más que uno en Cristo Jesús* (Gal. 3,28).

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

El contraste entre el despectivo juicio de Simón hacia esta mujer y la defensa sin paliativos que Jesús hace de ella, nos revela una vez más la inmensa benevolencia de Dios. El comportamiento de Cristo en este episodio es un bálsamo para nuestro corazón porque también nosotros somos pecadores.

Con dolorido acento se queja el Señor de la desatención con la que ha sido recibido: “Entré en tu casa y no me diste agua para los pies...” Simón le ha abierto la puerta de su casa y le ha ofrecido un banquete, pero la puerta de su corazón está cerrada para Él y por eso ha pasado por alto esos detalles de cortesía que indican que uno es bien acogido.

Esta mujer manifestó a Jesús su gratitud y cariño desafiando críticas y miradas despreciativas. Vierte en sus manos un poco de perfume y va ungiendo poco a poco los pies del Señor con la atención y el respeto con que una madre lava por primera vez a su criatura. Querría hablar, pero no puede y las lágrimas brotan mansamente de sus ojos, tiernas y calientes, como una ofrenda. Ese llanto libera su corazón y empieza a embargarle una emoción que la ahoga de alegría y que no sintió antes nunca, ni en las rodillas de su madre, ni en los brazos de sus amantes. Lloro agradecida por su castidad recobrada, por su condena abrogada, y seca con sus cabellos los pies de quien la ha liberado de la suciedad del pecado.

¡Que poco conoce el corazón humano o qué cinismo hipócrita el de quienes piensan que un pecador habitual no sufre en medio de sus recaídas y no siente hastío y asco de sí mismo! ¡No siempre somos lo bastante discretos o carecemos del tacto necesario para ayudarlo a reconducir su vida. Jesús, en cambio, se dirige a ella para decirle lo que quizás ya presiente: “Tus pecados quedan perdonados”.

¡Qué escena ésta en la que se palpa la ternura de Dios con todos sus hijos! Las lágrimas asoman a nuestros ojos como brotaron de los de esta mujer y, con la Iglesia, es fácil decir: ¡Bendito sea Dios! ¡Bendito sea Jesucristo Dios y hombre verdadero! ¡Bendito sea su sacratísimo corazón!

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

La misericordia vence al pecado

I. LA PALABRA DE DIOS

2 S 12, 7-10. 13: El Señor perdona tu pecado. No morirás

Sal 31, 1-2.5.7.11: Perdona Señor, mi culpa y mi pecado

Ga 2, 16. 19-21: No soy yo, es Cristo quien vive en mí

Lc 7, 36-8,3: Sus muchos pecados están perdonados, porque tiene mucho amor

II. LA FE DE LA IGLESIA

«El Evangelio es la revelación, en Jesucristo, de la misericordia de Dios con los pecadores» (1846).

«La acogida de su misericordia exige de nosotros la confesión de nuestras faltas. Si decimos: “no tenemos pecado”, nos engañamos y la verdad no está en nosotros. Si reconocemos nuestros

pecados, fiel y justo es él para perdonarnos los pecados y purificarnos de toda injusticia» (1 Jn 1,8-9) (1847).

«En la Pasión, la misericordia de Cristo vence al pecado» (1851).

«Cuando brota del amor de Dios amado sobre todas las cosas, la contrición se llama «contrición perfecta (contrición de caridad)» (1452).

III. TESTIMONIO CRISTIANO

«Dios nos ha creado sin nosotros, pero no ha querido salvarnos sin nosotros (S. Agustín)». La acogida de la misericordia exige de nosotros la confesión de nuestras faltas. «Si decimos no tenemos pecado, nos engañamos y la verdad no está en nosotros. Si reconocemos nuestros pecados, fiel y justo es El para perdonarnos los pecados y purificarnos de toda injusticia» (1 Jn 1, 8-9) (1847).

IV. SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

Dios está dispuesto a perdonar los mayores pecados como el de David, cuando media el arrepentimiento.

El verdadero arrepentimiento es el movido por el amor. No hay pecado que Jesús no perdone. Tiene el poder de Dios. Ante el arrepentimiento por amor, Jesús perdona.

La síntesis de la buena noticia anunciada por Pablo es que el cristiano es justificado por la fe en Cristo y no por cumplir los preceptos mosaicos.

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

La misericordia y el pecado: 1846-1848.

La misericordia vence al pecado: 1851.

La respuesta:

La contrición: 1451-1453.

C. Otras sugerencias

El Evangelio según S. Lucas es conocido como el de la misericordia de Dios. El texto de hoy nos la descubre como respuesta al arrepentimiento amoroso de la pecadora.

El pecado está en la vida de todo hombre. La misericordia de Dios es para todos. Entre una realidad y otra la vida cristiana se desarrolla en el arrepentimiento y la confianza en la misericordia divina.

El arrepentimiento es una gracia divina que hay que pedir para descubrir el pecado y amar a Dios sobre todas las cosas por El mismo.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

Contrición por los pecados.

– **La contrición hace que nos olvidemos de nosotros mismos y nos acerquemos de nuevo al Señor. Nuestras caídas no deben desalentarnos.**

I. Leemos en el Evangelio de la Misa¹ que Jesús fue invitado a comer por un fariseo llamado Simón. No se nombra el lugar, pero el hecho debió de ocurrir en Galilea, quizá en Cafarnaún.

Simón no muestra un especial amor a Cristo, ya que ni siquiera tiene con Él esos detalles de deferencia habituales entre los judíos cuando se recibía a un huésped de importancia: el ósculo de bienvenida, el agua perfumada para lavarse, el unguento...

Cuando estaban a la mesa, entra una mujer y va directamente a Cristo. *Era una mujer pecadora, que había en la ciudad.* Ya debía de conocer al Señor, y probablemente se había sentido impresionada en alguna otra ocasión por sus palabras o por un gesto de su misericordia. Hoy se ha decidido a un encuentro personal con Él. Y se desborda en muestras de arrepentimiento y contrición: *llevó un vaso de alabastro con perfume, se puso detrás a sus pies llorando y comenzó a bañarlos con sus lágrimas, los enjugaba con sus cabellos, los besaba y los unguía con el perfume.* Lo que pasa en su interior se sabe por las palabras posteriores del Señor: *Amó mucho.* Muestra que profesa a Jesús una veneración sin límites. Se ha olvidado de los demás y de sí; sólo le importa Cristo.

Porque amó mucho, se le perdonó mucho: ésta es la razón de tanto perdón. Terminará la escena con estas palabras consoladoras del Señor: *Tu fe te ha salvado, vete en paz.* Recomienza tu vida con una nueva esperanza.

La paz ha sido siempre el resultado de una contrición profunda. *Vete en paz:* así nos despide el sacerdote después de darnos la absolución de nuestros pecados. La fe y la humildad salvaron a aquella mujer de su hundimiento definitivo; con la contrición, comenzó una vida nueva. Y dice San Gregorio Magno que “a nosotros nos representó aquella mujer cuando, después de haber pecado, nos volvemos de todo corazón al Señor y la imitamos en el llanto de penitencia”². La contrición hace que nos olvidemos de nosotros mismos y nos acerquemos de nuevo a Dios mediante un acto de amor más profundo; es también muestra de la hondura de nuestro amor, y atrae la misericordia divina sobre nuestras vidas: *Mis miradas –dice el Señor– se posan sobre los humildes y sobre los de corazón contrito*³. Nuestros peores defectos y faltas no deben desalentarnos, aunque sean muchos y frecuentes, mientras seamos humildes y volvamos arrepentidos.

Pidamos al Señor que grabe en nuestras almas esta doctrina esperanzadora, para no cejar en el empeño por ser santos, por alcanzar el Amor de Dios. *En este torneo de amor no deben entristecernos las caídas, ni aun las caídas graves, si acudimos a Dios con dolor y buen propósito en el sacramento de la Penitencia. El cristiano no es un maníaco coleccionista de una hoja de servicios inmaculada. Jesucristo Nuestro Señor se conmueve tanto con la inocencia y la fidelidad de Juan y, después de la caída de Pedro, se enternece con su arrepentimiento. Comprende Jesús nuestra debilidad y nos atrae hacia sí, como a través de un plano inclinado, deseando que sepamos insistir en el esfuerzo de subir un poco, día a día. Nos busca, como buscó a los dos discípulos de Emaús, saliéndoles al encuentro; como buscó a Tomás y le enseñó, e hizo que las tocara con sus dedos, las llagas abiertas en las manos y en el costado. Jesucristo siempre está esperando que volvamos a Él, precisamente porque conoce nuestra debilidad*⁴.

– No podemos desconocer nuestras faltas. Evitar las excusas.

¹ Lc 7, 36-8, 3.

² SAN GREGORIO MAGNO, *Homilías sobre los Evangelios*, 13, 5.

³ Is 66, 2.

⁴ SAN JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, 75.

II. Simón, callado, contempla la escena y menosprecia en su interior a la mujer. Jesús la ha perdonado, y él, erigiéndose en juez, la condena. Piensa también que Cristo, del que tanto se viene hablando, no es un verdadero profeta. Quizá le ha invitado para observarle de cerca.

Jesús le va a demostrar que conoce no sólo el alma de aquella mujer, sino también sus propios pensamientos: *Simón –le dice–, un prestamista tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta. No teniendo éstos con qué pagar, se lo perdonó a los dos. ¿Cuál de los dos le amaré más?* La respuesta era clara: más le deberá amar aquel a quien más deuda se le perdonó. Simón respondió correctamente. Y entonces la parábola se hace realidad. Allí están presentes los dos deudores. En definitiva, lo que el Señor dice a continuación es una gran alabanza a esta mujer que ni siquiera se atreve a hablar. Por eso la mira a ella, mientras parece hablar a Simón. Es en realidad a la mujer a la que habla: *Y vuelto hacia la mujer, dijo a Simón: ¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para los pies; ella en cambio ha bañado mis pies con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. No me diste... Tú no me amas; ella sí. Me ama a pesar de sus muchos pecados, o quizá, a causa de ellos, pues es muy grande su necesidad de ser perdonada.*

Simón no ofreció los signos de hospitalidad que se acostumbraba en aquel lugar con los huéspedes distinguidos. No le ofreció agua para lavar los pies cansados por los caminos; ni le saludó con el ósculo de la paz; ni le hizo ungir la cabeza con perfume. Sin embargo, la mujer lo hizo con creces: le lavó los pies, los enjugó con sus cabellos y no paraba de besarlos.

Simón no se da cuenta de sus faltas; tampoco es consciente de que si no cometió más pecados y más graves se debió a la misericordia divina, que lo preservó del mal. “Ama poco –comenta San Agustín– aquel que es perdonado en poco. Tú, que dices no haber cometido muchos pecados, ¿por qué no lo hiciste? Sin duda, porque Dios te llevó de la mano (...). Ningún pecado, en efecto, comete un hombre que no pueda hacerlo también otro si Dios, que hizo al hombre, no le tiene de su mano”⁵.

No podemos olvidar la realidad de nuestras faltas, ni achacarlas al ambiente, a las circunstancias que rodean nuestra vida, o admitirlas como algo inevitable, disculpándonos y eludiendo la responsabilidad. De esta manera cerraríamos las puertas al perdón y al reencuentro verdadero con el Señor, como le ocurrió a este fariseo. “Más que el pecado mismo –dice San Juan Crisóstomo–, irrita y ofende a Dios que los pecadores no sientan dolor alguno de sus pecados”⁶. Y no puede haber dolor si nos excusamos de nuestras flaquezas. Por el contrario, hemos de examinarnos con profundidad, sin limitarnos a la aceptación genérica de que somos pecadores. “No podemos quedarnos –decía el entonces Cardenal Wojtyła– en la superficie del mal, hay que llegar a su raíz, a las causas, a la más honda verdad de la conciencia”⁷. Jesús conoce bien nuestro corazón y desea limpiarlo y purificarlo.

– Humildad para arrepentirnos. Confesión. Sinceridad.

III. Leemos en el Salmo responsorial de la Misa: *Te confesé mi pecado y no oculté mi iniquidad. // Dije: “confesaré a Yahvé mi pecado”, // y tú perdonaste la culpa de mi pecado. // Tú eres mi refugio; de la angustia me guardas, // de cantos de liberación me rodeas*⁸.

La sinceridad es salvadora: *la verdad os hará libres*⁹, había dicho el Señor. Mientras que el engaño, la simulación y la mentira llevan a la separación del Señor y a la esterilidad en los frutos de la caridad: *se tornó mi vigor en sequedades de estío*¹⁰, dice el mismo Salmo.

⁵ SAN AGUSTIN, *Sermón* 99, 6.

⁶ SAN JUAN CRISOSTOMO, *Homilias sobre San Mateo*, 14, 4.

⁷ CARD. K. WOJTYLA, *Signo de contradicción*, BAC, Madrid 1978, p. 244.

⁸ *Sal* 31, 5, 7.

La raíz de la falta de sinceridad es la soberbia: impide al hombre que se deja llevar por ella someterse a Dios, reconocer su dependencia y lo que Él nos pide, y le hace más trabajoso aún reconocer que ha obrado mal y rectificar. Si permanece esta actitud, las disposiciones primeras toman cuerpo, y dificultan cada vez más la objetividad con uno mismo: el alma que no quiere reconocer sus faltas, busca la excusa de sus errores. Si persiste en ese camino, llega a la ceguera. Necesitamos, pues, una actitud humilde, como la de esta mujer pecadora, para crecer en el propio conocimiento con sinceridad, y así confesar nuestros pecados. Nos ayudará el examen de conciencia, hecho en la presencia de Dios, sin falsas justificaciones ni excusas, y la acusación sincera y concreta de nuestros pecados en la Confesión sacramental.

La humildad nos permite ver la gran deuda que tenemos contraída con nuestro Señor y sentir la radical insuficiencia personal, que nos lleva a pedir perdón a Dios muchas veces al día por las cosas que no marchan bien en nuestra vida, al menos todo lo bien que deberían ir. Así, las muchas faltas llevan a amar mucho; las pocas, a dar gracias a Dios, que con su amor nos impidió caer. Si vivimos de este modo, siendo sinceros con nosotros mismos, no tendremos motivo para constituirnos en jueces de los defectos de aquellos con quienes convivimos.

Si éste fuera profeta, sabría con certeza quién y qué clase de mujer es... La caridad y la humildad nos enseñan a ver en las faltas y pecados de otros nuestra propia condición débil y desvalida, y nos ayudan a unirnos de corazón al dolor de todo pecador que se arrepiente, porque también nosotros caeríamos en iguales o peores faltas si la misericordia del Señor no nos acompañara.

“El Señor —concluye San Ambrosio— amó no el unguento, sino el cariño; agradeció la fe, alabó la humildad. Y tú también, si deseas la gracia, aumenta tu amor; derrama sobre el cuerpo de Jesús tu fe en la Resurrección, el perfume de la Iglesia santa y el unguento de la caridad de los demás”¹¹.

Pidamos a la Santísima Virgen, *Refugium peccatorum*, que nos obtenga de su Hijo un sincero dolor de nuestros pecados y un agradecimiento efectivo por el sacramento de la Penitencia.

Fr. Eusebio MARTÍNEZ (Brownsville, Texas, Estados Unidos) (www.evangelii.net)

No me diste agua para los pies. (...) No me diste el beso. (...) No ungiste mi cabeza con aceite

Hoy, el Evangelio nos explica que aquel que encuentra a Jesús no puede hacerlo con indiferencia. ¿Por qué el rabino lo invita a compartir su comida para tratarlo luego con descortesía descuidando atenderlo con las muestras de respeto y honor acostumbradas?

Lucas dibuja un agudo contraste entre el arrogante e incorrupto fariseo, que sigue todas las normas pero carece de la sensibilidad de aplicar las más elementales acciones de amabilidad hacia un huésped, y la mujer que —teniendo una reputación de pecadora— recibe, en cambio, a Jesús con una atención amorosa (cf. Lc 7,45-46). No hay duda que ella entiende la importancia de esa amorosa atención al tiempo que el fariseo carece totalmente de esa sensibilidad. Los Fariseos evitaban la compañía de los “pecadores públicos” y, al hacerlo, descuidaban darles la ayuda que necesitaban para que encontrasen su curación y su integridad.

⁹ Cfr. Jn 8, 32.

¹⁰ Sal 31, 4.

¹¹ SAN AMBROSIO, *Tratado sobre el Evangelio de San Lucas*, in loc.

Como humanos, es muy difícil amar de verdad y saber perdonar a las personas, y caemos en la tentación de preocuparnos de las apariencias, para adquirir así la reputación de una vida virtuosa, mientras continuamos cultivando nuestra tendencia a juzgar y a no perdonar. Muchas de las narraciones del Evangelio nos hablan de la actitud de los fariseos frente a los publicanos. Si ahora quisiésemos describir lo que los fariseos harían si viviesen en nuestra sociedad actual, podríamos ver, por ejemplo, que ciertamente irían a Misa y la seguirían debidamente pero, en su camino de vuelta a casa, no dudarían en criticar negativamente a los demás. Desde luego es laudable asistir a Misa y observar las normas de la conducta cristiana, pero toda esa cuidadosa observancia carece de valor si no va acompañada de un genuino espíritu de amor y perdón.

Según Benedicto XVI, «el nuevo culto cristiano abarca todos los aspectos de la vida, transfigurándola (...). La Eucaristía, al implicar la realidad humana concreta del creyente, hace posible día a día la transfiguración progresiva del hombre, llamado a ser por gracia imagen del Hijo de Dios».
